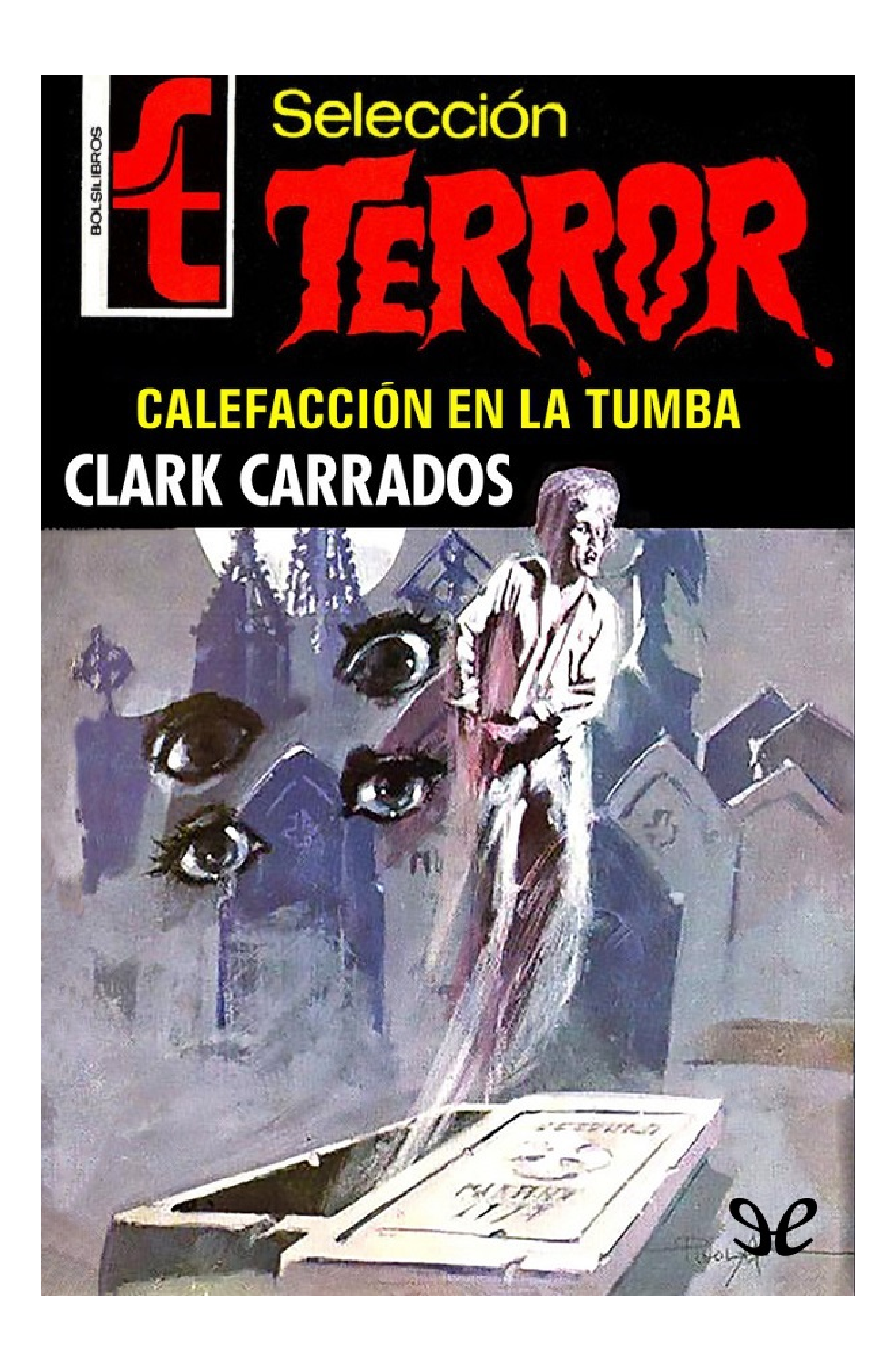

BOLSILIBROS
Selección
TERROR
CALEFACCIÓN EN LA TUMBA
CLARK CARRADOS

«De repente, se abrió la puerta de la taberna. Folsom volvió la cabeza al oír el ruido, pensando en que sería Maybelle, pero estaba equivocado.

El recién llegado era un hombre altísimo, muy delgado, de rostro chupado y ojos que parecían brillar con luz propia. Con paso mesurado, avanzó hacia el mostrador. Folsom oyó un ruido raro, como si el sujeto llevase en los bolsillos algunos pares de dados. O era de huesos que entrechocaban al andar.

Los dos clientes que charlaban en un rincón, vieron al recién llegado y salieron disparados, llenos de terror al parecer. Folsom se preocupó por el incidente.

La muchacha que estaba junto al fuego se enderezó ligeramente, aunque no dio señales de moverse. El recién llegado se detuvo junto al mostrador».



Clark Carrados

Calefacción en la tumba

Bolsilibros: Selección Terror - 121

ePub r1.2
xico_weno 31.08.16

Título original: *Calefacción en la tumba*
Clark Carrados, 1975
Ilustraciones: Alberto Pujolar

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




st
SELECCION
TERROR

Capítulo primero

La noche se había metido en agua, observó disgustadamente Bat Folsom, cuando detuvo su coche delante de las amarillas luces del edificio que presagiaban un agradable refugio contra el inesperado cambio de tiempo. Folsom maldijo entre dientes de cierta femenina ocurrencia al citarle en aquel lugar, pero ya no podía evitarlo.

Los limpiaparabrisas del coche se movían rítmicamente y le permitieron ver el nombre de la taberna: La Foca Retozona. Un nombre algo incongruente para un local situado a cientos de millas de la costa más próxima.

Pero el viaje estaba hecho y ya no podía volverse atrás. Por otra parte, Folsom no se sentía del todo disgustado.

Presentía la ruptura. Tenía la seguridad de que Maybelle Stinnes había encontrado otro hombre. Por supuesto, muchísimo más rico. Y si tenía más dinero, la apostura física no significaría nada para la hermosa pero interesada Maybelle.

Folsom apagó las luces y paró el limpiavidrios. Abrió la portezuela, dio un par de saltos y se situó bajo la pequeña marquesina que protegía la puerta de la taberna.

Entró en el local. Había un ambiente agradable, incluso con una vieja chimenea en la que ardían algunos troncos. Los clientes, sin embargo, eran muy escasos.

Dos hombres y una mujer. Los hombres charlaban en voz baja en un rincón de la taberna, cuya antigüedad era evidente. La mujer, sentada junto al fuego, parecía sumida en profundas meditaciones, sin hacer el menor caso de la bebida que tenía al lado.

Detrás de la barra había una mujer ya madura, rolliza y pechugona. Folsom se acercó al mostrador.

—Buenas noches, señora —saludó—. Por favor, algo muy caliente con una buena dosis de *brandy*.

La tabernera sonrió.

—Sí, señor, al momento.

—Estoy citado aquí con una joven —manifestó Folsom—. Es joven, elegante, de pelo rubio…

—No ha venido hoy ninguna rubia, señor.

Folsom torció el gesto. «Creo que he perdido el tiempo miserablemente», pensó.

La joven que estaba sentada junto a la chimenea era morena. Folsom observó que su pelo era negro como ala de cuervo, partido en dos mitades por una larga raya central, que dejaban libre un óvalo de singular atractivo, y sujeto en la nuca por un sencillo moño. Junto a ella había un impermeable, en la silla contigua. El vestido era sencillo, de color azul oscuro, de punto y cerrado de cuello y mangas, aunque muy ajustado a sus finas líneas.

La tabernera trajo una taza humeante, que despedía un olor muy agradable. Folsom tomó un sorbo.

—¡Hum! Esto levantaría a un muerto —comentó.

—Por fortuna, mi taberna no está en el cementerio —rió ella—. Me llamo Edith Albert, señor.

—Mucho gusto, Edith. Yo soy Bat Folsom.

—Su nombre me suena, señor Folsom.

—Es probable. Edith, ¿hay habitaciones en su casa?

Ella negó con la cabeza.

—No quiero huéspedes —contestó—. Dan muchos quebraderos de cabeza. La taberna ya da bastante trabajo, sin necesidad de buscarme más.

—Comprendo. Gracias, Edith.

—Pero si quiere pasar la noche sin ir demasiado lejos, acérquese a Worleigh. Está a cosa de ocho kilómetros, hacia el noroeste.

—Ya entiendo. Es probable que me quede en Worleigh. Muchas gracias, Edith.

—No se merecen, señor.

De repente, se abrió la puerta de la taberna. Folsom volvió la cabeza al oír el ruido, pensando en que sería Maybelle, pero estaba equivocado.

El recién llegado era un hombre altísimo, muy delgado, de rostro chupado y ojos que parecían brillar con luz propia. Con paso mesurado, avanzó hacia el mostrador. Folsom oyó un ruido raro,

como si el sujeto llevase en los bolsillos algunos pares de dados. O era de huesos que entrechocaban al andar.

Los dos clientes que charlaban en un rincón, vieron al recién llegado y salieron disparados, llenos de terror al parecer. Folsom se preocupó por el incidente.

La muchacha que estaba junto al fuego se enderezó ligeramente, aunque no dio señales de moverse. El recién llegado se detuvo junto al mostrador.

—Un doble de escocés, por favor —pidió con voz sepulcral.

—A… al mo… momento… —Los dientes de Edith castañetearon de forma perfectamente audible.

La botella tintineó sonoramente al chocar con el borde del vaso. Una mano del hombre, enguantada en negro, se movió para coger el recipiente. Antes de beber, se volvió hacia Folsom.

—Salud, caballero —brindó.

—Salud, señor…

El hombre no contestó. Despachó su bebida de un trago y se encaró con la aterrorizada tabernera.

—Por favor, ¿qué le debo, señora?

—Ci… cincuenta ce… centavos…

—La bebida ha subido mucho, aunque no haya mejorado de calidad. En cambio, la moneda se deteriora cada día más. En mis tiempos, por este dinero me hubieran dado medio galón del mejor *whisky*, Edith.

—Yo… lo si… lo siento…

Nuevamente se abrió la puerta. Desde el umbral, un hombre de recia complexión, vestido con gorra e impermeable, anunció:

—El coche está listo, señor.

—Gracias, Barthold. ¿Has hecho instalar la calefacción, tal como te pedí?

—Sí, señor. A partir de ahora, el señor no tendrá frío en su tumba.

—Muchas gracias, Barthold. Buenas noches, Edith. Señorita, caballero…

El hombre de aspecto esquelético y su sirviente se marcharon. Lentamente, Edith resbaló a un lado, hasta quedar tendida en el suelo sin conocimiento.

Folsom reaccionó. Era evidente que la tabernera se había

desmayado de miedo. Pasó al otro lado del mostrador y la sacó a rastras, llevándola hacia uno de los sillones de la chimenea. La joven corrió a ayudarle.

—Busque un paño y mójelo en agua fría, señorita —indicó Folsom.

—Sí, ahora mismo —contestó ella.

* * *

Edith abrió los ojos y miró torpemente a todos los lados. El desmayo, por fortuna, había durado escasos minutos.

—¿Está ese horrible fantasma todavía? —preguntó.

—Se ha marchado, aunque a mí me ha parecido que no era un fantasma —dijo Folsom—. ¿Lo conocía usted, Edith?

—¡Cielos! Pregunta si lo conocía… ¡y yo misma asistí a su entierro hace treinta y cinco años!

Folsom y la chica del pelo negro cambiaron una mirada. Folsom fue al mostrador, llenó una copa y volvió junto a la chimenea.

—Les juro que no estoy loca —protestó Edith—. Y si mi esposo estuviera presente, les diría lo mismo que yo. Rhymsane Grophius ha salido de su tumba, tal como lo predijo al morir hace treinta y cinco años.

—Para vengarse de sus asesinos, por supuesto —dijo la chica.

—Pues, sí… pero ¿cómo lo sabe usted? —se asombró Edith.

Ella sonrió.

—No sé, pasa siempre así en todos los cuentos de terror… —Se volvió hacia el joven—. No me he presentado, dispénseme. Me llamo Cassie Evanston.

—Bat Folsom —dijo él—. Edith, ¿por qué no sigue hablándonos del señor Grophius?

—Yo no sé mucho de ese hombre. Cuando murió tenía unos diecisiete años… Se contaban muchas historias de él. Decían que hacía terribles experimentos en su casa de Elms Peak…, pero nadie consiguió nunca saber en qué consistían tales experimentos. Un día murió y…

—Y entonces dijo que volvería para vengarse de sus asesinos.

—Sí, eso es. Pero el caso es que nadie sabe quién fue, si es que realmente murió asesinado. Según tengo entendido, el señor Grophius murió asesinado…

—¿Quién oyó sus declaraciones, Edith? —preguntó Folsom.

—El padre de mi esposo. Entonces era el alguacil de Worleigh. El criado del señor Grophius corrió a avisar al pueblo que su amo estaba muriéndose. Cuando mi difunto suegro llegó con el médico, Grophius agonizaba ya. Aun así, pudo pronunciar algunas palabras… Dijo que volvería de la tumba para vengarse de sus asesinos… ¡Y ha vuelto, créame, ha vuelto de la tumba! —clamó Edith histéricamente.

Folsom cambió una mirada con la muchacha.

—Lo mejor será que la subamos a su habitación. Usted se encargará de acostarla, mientras yo busco algún calmante —propuso.

Cassie asintió.

—Es una buena idea. Pero el señor Albert…

—Está fuera, no tardará en volver —gimió Edith—. Le aguardaré aquí, con ustedes…'No me dejen sola, por lo que más quieran…

—Descuide, Edith, le haremos compañía —sonrió Folsom—. Pero dígame, ¿conoció usted a Grophius en vida?

—Sí, le vi bastantes veces. No puedo equivocarme, era él… Era él, lo juro. Y si no me creen, vayan a su casa de Elms Peak… Allí hay retratos suyos, aunque la casa esté abandonada…

En aquel momento se detuvo un coche frente a la taberna.

—Ése es mi marido —clamó Edith.

Folsom respiró aliviado. Separándose de la chimenea, se acercó a la puerta. Un hombre recio, membrudo, de mediana estatura, entró, cargado con algunos paquetes.

—Señor Albert, su esposa no se encuentra bien —dijo Folsom—. Atiéndala, se lo ruego.

El tabernero miró un instante a Folsom y luego vio a Edith acompañada por la muchacha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ha entrado un cliente. Su esposa ha dicho que era el difunto Grophius, es todo lo que sé.

—¡Grophius! —Resopló el tabernero—. Así pues, la leyenda se ha cumplido.

Folsom y Cassie se quedaron estupefactos al escuchar aquellas palabras. Frank Albert dejó los paquetes sobre una mesa y avanzó hacia su esposa.

—Edith, cariño, ¿era de veras el doctor Grophius?

—Sí… Estoy absolutamente segura. Han pasado ya más de treinta y cinco años desde entonces y no puedo equivocarme…

Folsom se pasó una mano por la frente. «Están locos», pensó.

De pronto, hizo una seña a la muchacha. Cassie avanzó hacia el mostrador.

—¿Quiere algo de mí, señor Folsom? —consultó.

—No pretendo mostrarme superior a nadie, pero estas gentes, digamos aldeanas, tienen ciertas ideas muy extrañas. Todavía, en ocasiones, están anclados en el pasado, ¿comprende?

—Sí, eso mismo creo yo.

—En todo caso, lo mejor será que les sigamos la corriente, mientras permanezcamos aquí, aunque, por mi parte, pienso estar ya muy poco rato.

—Tengo la sensación de que usted estaba citado aquí con una persona y que esa persona no ha acudido a la cita —dijo Cassie.

—Efectivamente…

—A mí también me pasa lo mismo, sólo que yo vine en un taxi y lo despedí, creyendo que el hombre que vendría a encontrarse conmigo me llevaría luego a casa en su coche. Al parecer, usted y yo hemos topado con dos informales.

—Por no decir algo peor —sonrió Folsom.

—Es una lástima que no haya habitaciones en la taberna; de lo contrario, me quedaría aquí. Pero si usted quisiera llevarme hasta Worleigh…

—Será un placer, señorita Evanston.

Ella le dirigió una sonrisa de gratitud.

—Debemos despedirnos de los taberneros —sugirió.

Albert agradeció a la pareja lo que habían hecho por su mujer. Luego les recomendó la Golden Poplar Inn,' un albergue muy confortable, cuyo dueño era amigo suyo y les proporcionaría las mejores habitaciones. Tranquilizados al respecto, Folsom y Cassie abandonaron la taberna.

Seguía lloviendo con gran intensidad. Folsom acomodó a la muchacha en el asiento anterior y luego se sentó tras el volante.

—Vaya noche de perros —comentó.

—Ideal para que los fantasmas salgan de sus tumbas —rió Cassie.

—Por fortuna, a Grophius ya le han instalado la calefacción en la suya —exclamó él alegremente.

Arrancó y el coche se puso en marcha. Los faros taladraban difícilmente la espesa cortina de lluvia, por lo que estimó prudente rodar a una velocidad moderada. Diez minutos más tarde, el motor petardeó un poco, las luces perdieron intensidad y el coche, al fin, se paró.

Folsom contuvo una interjección a duras penas. Dio a la llave de contacto, pero el motor no respondió. Las luces se extinguieron de pronto.

—¿Batería? —sugirió Cassie.

—Es probable. O tal vez algún elemento eléctrico mojado… Ha llovido demasiado —rezongó él.

Folsom realizó un par de intentos más, con resultado negativo. Al cabo de unos minutos, se volvió hacia la muchacha…

—Sospecho que tendremos que ir a pie hasta Worleigh —dijo—. Total, es cosa de pocos kilómetros y yo tengo un paraguas ahí detrás.

Cassie suspiró.

—En circunstancias así, lo mejor es armarse de valor y… —De súbito, lanzó una exclamación—: ¡Mire, hay una casa en las inmediaciones!

Folsom volvió la cabeza. A unos trescientos pasos del camino, divisó las luces encendidas de un edificio de no pequeñas dimensiones. Le extrañó, porque tenía la seguridad de que aquellas luces acababan de encenderse.

—Alguien vive allí —dijo Cassie—. Podemos pedirle alojamiento por esta noche o, por lo menos, que nos deje llamar a Worleigh para que nos envíen un coche.

Folsom echó la mano hacia atrás y se apoderó del paraguas.

—Eso es justamente lo que vamos a hacer —convino.

CAPÍTULO II

A pesar del paraguas, chorreaban agua cuando llegaron al fin a la casa, que adivinaron en la oscuridad de aspecto viejísimo y no muy bien conservada. Había un pequeño porche en la entrada y Folsom, después de cerrar el paraguas, asió el llamador de hierro de la puerta.

Los golpes resonaron con fuerza. De pronto, la puerta giró sobre unos goznes faltos de grasa, que emitieron unos lúgubres chirridos.

Cassie emitió un gritito y se agarró al brazo de Folsom. El joven asomó la cabeza y vio un amplio vestíbulo, con muebles de gran antigüedad, aunque de valor artístico más que discutible. Tras unos segundos de vacilación, empujó a la muchacha.

El ambiente, aunque se notaba frío, era mucho más agradable que en el exterior. Folsom dio unos cuantos pasos y luego lanzó una poderosa voz:

—¡Eh! ¿No hay nadie en la casa?

Sus gritos rebotaron estérilmente por los muros. Folsom voceó un par de veces más y, al fin se convenció de que si continuaba gritando lo único que conseguiría sería enronquecen.

Se volvió hacia Cassie.

—No parece que la casa esté habitada, pero tampoco pecaremos si nos quedamos aquí —dijo.

Ella asintió.

—Me siento muy aprensiva…

—Tal vez el dueño de la casa está en alguna parte y no nos oye. Cuando lo veamos, le explicaremos la situación.

—Sí, está bien.

Folsom avanzó hacia la puerta situada a la derecha. Abrió y pudo ver un amplio salón, con una gran chimenea en una de sus paredes. Al lado había un buen montón de troncos.

A ambos lados de la chimenea se veían dos grandes divanes, cómodos y mullidos.

—Podemos pasar la noche aquí —dijo—. Encenderé el fuego y así no pasaremos frío.

—Señor Folsom, si no le importa, yo iré en busca de un teléfono —manifestó Cassie.

—Muy bien.

—Tengo que hacer una llamada de cierta importancia —añadió la muchacha—. Con esta noche, no creo que haya en Worleigh ningún taxista que se atreva a venir a buscarnos. Por tanto, tendremos que esperar aquí a que se haga de día.

—Y entonces, yo veré de reparar la avería de mi coche —sonrió Folsom, ya con un manojo de astillas en las manos.

Cassie se alejó. Folsom se arrodilló para encender el fuego. Curiosa casualidad, se dijo. Tanto él como la muchacha habían acudido a La Foca Retozona para sendas citas, pero ninguno de los dos había conseguido sus propósitos.

Las llamas empezaron a bailar alegremente en la chimenea. Cassie entró de pronto en el salón.

—He encontrado el teléfono —dijo.

—Lo celebro —sonrió él.

—Pero no contesta nadie. Sospecho que la línea está cortada.

Folsom puso un par de troncos en la chimenea y se incorporó, limpiándose las manos maquinalmente.

—Tal vez por falta de pago —supuso.

—Eso es lo que yo creo. ¿Se le ha ocurrido mirar en la cocina?

—No. ¿Por qué?

—Un bocadillo nos sentaría bien —sonrió Cassie.

—Es cierto. Casi no me había dado cuenta de que aún no he cenado…

El silencio era absoluto. Frente a la entrada de la casa, había una puerta que, como calculó Folsom, daba a un pequeño corredor que conducía a la cocina.

Los muebles, utensilios y la decoración eran muy antiguos y databan de cuarenta o cincuenta años antes por lo menos. La nevera funcionaba, pero estaba completamente vacía.

Sin embargo, Cassie encontró en una alacena algo de pan y algunas latas de conserva. Inmediatamente, se aplicó a preparar los

bocadillos.

Folsom, por su parte, buscó en los tarros de cocina, hasta que consiguió encontrar café. Había un hornillo eléctrico y lo encendió. Puso la cafetera al fuego, vertió el café suficiente y aceptó el primer bocadillo que Cassie le tendía.

Dentro del edificio, reinaba un silencio absoluto. Sólo se percibía el monótono batir de la lluvia contra el suelo.

—Una casa extraña, ¿no cree? —dijo Cassie a poco—. Hay luz, ofrece señales de estar habitada, pero no vive nadie en ella. O, por lo menos, no se ve a ninguna persona en estos momentos.

De repente, Folsom puso cara seria. Ella notó el gesto y se extrañó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada —contestó él—. De pronto, me he acordado de que es posible que ésta sea la casa del doctor Grophius.

Cassie se sintió súbitamente aprensiva. Miró en todas direcciones y de pronto, lanzó un agudo grito.

—¡Allí, allí!

Folsom se volvió en el acto. La mano de la muchacha señalaba hacia una de las ventanas de la cocina, a la cual daba él la espalda en aquellos instantes.

—Había una cara…, un hombre nos miraba… —exclamó Cassie, aterrorizada—. Tenía unas facciones espantosas… Parecía una calavera con un poco de piel sobre los huesos…

—Cálmese, por favor —rogó él—. Quizá… quizá ha sido el reflejo de alguna de las lámparas contra el cristal…

La muchacha tenía los nervios de punta, pensó Folsom. El relato de la señora Albert había influido poderosamente en su imaginación.

—Si le parece, saldré a ver…

—¡No! Tal vez usted tiene razón. Ha debido de ser una ilusión mía, acaso el reflejo de la ventana…

Folsom sonrió.

—Sí, eso es lo que yo opino —dijo—. ¿Un poco de café?

Cassie suspiró.

—Creo que lo estoy necesitando —respondió.

Folsom llenó dos tazas. Buscó por las alacenas, pero no encontró ninguna botella de licor.

Al cabo de un rato, decidieron volver al salón. Cassie, aprensiva, no se separaba del joven.

Folsom se dispuso a reavivar el fuego. De pronto, se dio cuenta de que sucedía algo raro.

—Es curioso —murmuró.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Yo encendí el fuego, puse unas cuantas astillas y cuando las llamas prendieron bien, coloqué encima dos troncos… Ahora hay cuatro o cinco.

Cassie sintió que un helado soplo le recorría la espalda. Había conocido a Folsom por primera vez aquella noche, pero sabía que aquel hombre era sensato y ponderado y que no cabía exageración en sus palabras.

—Entonces… alguien ha estado aquí, mientras nosotros cenábamos…

Folsom asintió lentamente. De súbito, un extraño sonido llegó hasta los oídos de la pareja.

Un grito. Una llamada de socorro.

Una persona pedía ayuda. Y era una mujer.

Cassie no lo pudo resistir más y se abrazó al joven. Folsom sintió contra su pecho el trémulo contacto de los senos femeninos y también los acelerados latidos de Un corazón aterrado.

El grito no se repitió. Folsom hizo acopio de valor.

—Tenemos que ver lo que ha sucedido —dijo.

—Me siento horrorizada…

—Quédese aquí y aguarde mi vuelta —propuso él.

—¡No, por Dios! Sea lo que fuere, prefiero verlo antes que quedarme sola —exclamó la muchacha.

—Está bien. —Folsom sonrió—. ¿Se ofenderá si le digo que me dé la mano?

Cassie se la entregó sin vacilar.

—Usted es un caballero…

—No lo crea —rió el joven—. A veces, me porto como un canalla con las mujeres.

La chica se esforzó por sonreír. Luego abandonaron el salón. En el vestíbulo, Folsom miró hacia la vieja escalera que conducía al primer piso.

—El grito procedía de allá arriba —dijo.

—Sí, es cierto.

—Bueno, vamos allá.

Subieron lentamente por la escalera. Al llegar al rellano, Folsom divisó una rendija de luz que salía por una puerta entreabierta.

Avanzó paso a paso y abrió con grandes precauciones. Detrás de él, Cassie lanzó un débil grito de terror al ver a la mujer tendida en el suelo, en medio del espacioso dormitorio. Folsom creyó que soñaba cuando reconoció a la mujer con la que debía haberse encontrado en La Foca Retozona.

Maybelle Stinnes alentaba todavía. Había sangre en su pecho, pero saltaba a la vista que ya sólo le quedaban pocos minutos de vida.

Folsom saltó hacia adelante.

—¡Maybelle! —gritó—. ¿Me oyes? ¡Contéstame, Maybelle! Soy Bat, Bat Folsom…

Los ojos de la mujer se abrieron un poco. Cassie, un tanto repuesta, pese a la impresión sufrida, apreció que la mujer era ya muy madura. Lo menos contaba cuarenta y cinco años de edad, calculó.

¿Acaso Folsom era un tipo deleznable, que vivía de explotar a las mujeres maduras, pero ricas?, se preguntó.

—Bat… —susurró Maybelle.

—Quieta, no te muevas. Iremos en busca de un médico…

—No, no… Me muero… Soy una vieja…

Las últimas palabras de Maybelle eran un sollozo de impotencia ante lo horrible de su suerte. Folsom, por su parte, se sentía atónito al ver la transformación que se había operado en el rostro de aquella mujer, que días antes había conocido radiante de juventud y belleza.

—Yo… engañé… a Grophi…

La voz de Maybelle se apagó de pronto. Folsom no pudo escuchar bien sus últimas palabras. ¿Había querido decir algo referente al doctor Grophius?

De repente, Cassie lanzó un espantoso chillido.

—¡Mire, Bat!

El joven se puso en pie de un salto. Horrorizado, dio un par de pasos hacia atrás. Cassie, por su parte, se agarró a la hoja cerrada de la puerta y volvió la cabeza para no seguir contemplando aquel

espantoso espectáculo.

Maybelle había muerto y se transformaba aceleradamente en una vieja de cara arrugada, manos sarmentosas y greñas blanquecinas. El vestido que llevaba puesto y que Folsom sabía era muy ajustado a un cuerpo de formas espléndidas, pareció de repente flotar sobre una figurilla menuda y casi con menos carne que huesos.

Transcurrieron unos minutos. Folsom, al fin, reaccionó y buscó una sábana con la que cubrió el cadáver de una mujer que un día antes tan sólo era una viva estampa de la hermosura y la salud. Ahora, al morir, aparentaba más de setenta años…

¿Cómo se había operado aquella horrible transformación?

¿Qué misterio insondable se encerraba en aquel suceso incomprensible?

—Cassie —llamó.

La muchacha hizo un gesto con la cabeza.

—Sí…

—Volvamos abajo —dijo Folsom—. Ya no podemos hacer nada por esa infeliz. Cuando sea de día, intentaré llegar a Worleigh para avisar a la policía.

Cassie asintió silenciosamente. Sin protestar, se dejó llevar hasta el salón, donde, abatidamente, cayó sobre uno de los divanes.

Folsom buscó bebidas con la vista. De pronto, encontró una mesita provista de servicio de licores.

Muy pensativo, llenó dos copas y ofreció una a la muchacha. Cassie bebió en silencio. Folsom no quiso aumentar sus preocupaciones, diciéndole que el misterioso personaje que había avivado el fuego de la chimenea, se había ocupado también de dejarles la mesita con los licores.

CAPÍTULO III

—¿Conocía usted a esa mujer?

La pregunta de Cassie rompió el silencio que duraba ya hacía varios minutos. Folsom movió la cabeza afirmativamente.

—Desde hace unos cinco años —contestó.

—Debió de haber sido muy bella en tiempos —apuntó Cassie.

—Ayer mismo era hermosísima —dijo Folsom, tras consultar la hora en su reloj de pulsera—. Nos vimos un instante muy fugaz, a las diez de la mañana. Entonces me citó para las siete de hoy de la tarde en La Foca Retozona. Más tarde, me llamó por teléfono y me dio indicaciones para llegar al lugar de la cita.

—Bien, con los medios de hoy día, una mujer de cuarenta y cinco años, puede aparentar muchos menos…

—Cassie, conocía a Maybelle desde hace cinco años. Ella y yo teníamos la misma edad: veintinueve años. Hubo un tiempo en que nuestra confianza mutua fue lo suficientemente grande como para no ocultarnos un detalle tan nimio.

—Pero ella, cuando la vimos, al principio, parecía tener cuarenta y cinco años. Después, se convirtió en una vieja de veinte años más.

—Eso es, precisamente, lo que no entiendo. ¿Lo hemos soñado, Cassie?

—Yo no me he dormido, Bat.

Folsom arrugó el entrecejo.

—Maybelle iba a casarse, seguro —dijo—. De otro modo, no me hubiera citado en un lugar tan apartado. Ya estuvo casada una vez, pero enviudó. No quiso reincidir, ni siquiera cuando yo, en una ocasión, le pedí que se casara conmigo.

—Bien, pero si no quería casarse con usted, ¿por qué le citó en la taberna de los Albert?

—Yo tenía en mi poder algunas cartas y fotografías suyas. Ella me pidió que se las devolviese. Por supuesto, no pensaba hacerle ningún chantaje. Antes al contrario, me alegré de su petición, porque así tendría siempre un buen recuerdo mío.

—¿Era mujer de posición?

Folsom hizo un gesto vago.

—Tenía dinero, vivía bien… pero no se puede decir que fuese una archimillonaria. Yo calculo que encontró un hombre muy rico, probablemente honesto, algo celoso… Un hombre, en fin, como hay muchos, sobre todo si están en buena posición, los cuales, como es lógico, detestan los escándalos y la publicidad. Por lo poco que me dijo Maybelle, yo deduje que debía de tener ciertos planes parecidos a los que acabo de exponer. Ahora bien, si su futuro esposo se enteraba de nuestras relaciones pasadas, el matrimonio podía quedar en agua de borrajas, ¿me entiende?

—Cinco años son muchos para unas relaciones… amistosas —dijo Cassie maliciosamente.

—Hubo intervalos. La verdad es que Maybelle y yo no congeniábamos del todo. Si nos hubiéramos entendido bien, nos habríamos casado a las pocas semanas de conocernos.

—Entiendo. De cuando en cuando, se necesitaban, pero también, al cabo del tiempo, se cansaban el uno del otro.

—Exactamente.

Cassie lanzó un hondo suspiro.

—Es curioso —murmuró—. A mí me sucede o me iba a suceder algo parecido.

—¿Cómo?

—Estaba citada con él en La Foca Retozona. Tiene unos treinta y cinco años, bien parecido y una magnífica fortuna. Pero a mí no acababa de gustarme del todo.

—¿Y usted a él?

—Sólo en ocasiones, cuando se sentía solo.

Hubo una pausa de silencio.

—Entonces, él la citó en la taberna para…

—Seguramente, para romper de un modo definitivo.

—¿Hay cartas?

—No. Pero le conozco bien. Tengo la impresión de que quería darme una especie de compensación por la ruptura de nuestras

relaciones. Quizá le pareceré una desaprensiva, pero el caso es que si iba a darme algún dinero, me habría venido muy bien —confesó Cassie.

—Me agrada su sinceridad —dijo él—. ¿Se encuentra ya mejor?

—Un poco, aunque todavía me estremezco al recordar ese suceso tan horrible. ¿Qué le habrá ocurrido a la señora Stinnes? ¿Está usted seguro de que se trataba de ella y no de otra mujer muy parecida?

—Aparte de que la he reconocido perfectamente y no he cometido ningún error en la identificación, he visto en su muñeca izquierda una pequeña pulsera que le regalé hace un par de años. Es… era ella, aunque, créame, no comprendo en absoluto qué ha podido producir ese envejecimiento tan rápido.

Hubo un momento de silencio. La lluvia continuaba batiendo rítmicamente. En la chimenea se oyó el leve chasquido de un tronco al partirse.

Folsom se levantó y reavivó el fuego. Luego regresó a su sitio en el diván.

¿Por qué había envejecido Maybelle tan rápidamente?, se preguntó.

Menos de veinticuatro horas antes era una hermosa mujer que aún no había llegado a la treintena de años. Ahora era sólo el cadáver de una anciana, cuya edad podía cifrarse casi en tres cuartos de siglo. ¿Por qué? ¿Qué le había sucedido?

Pero, sobre todo, ¿quién la había asesinado?

* * *

El alba llegó, grisácea y húmeda. Folsom abrió los ojos, dándose cuenta de que, a pesar de sus preocupaciones, había conseguido dormirse.

Cassie faltaba. De un salto se puso en pie.

—¡Cassie! —gritó.

La voz de la chica llegó pocos segundos más tarde:

—Estoy aquí arriba, en uno de los baños del primer piso.

—Bien, iré calentando el agua para el café.

Folsom se encaminó a la = cocina y encendió el hornillo. Con el agua de uno de los grifos se lavó un poco la cara. Miró a través de la ventana.

El ambiente estaba cubierto de una espesa niebla, que apenas si permitía la visión a cincuenta pasos de distancia. Folsom creyó entrever las cruces de un camposanto, pero, de repente, la niebla se hizo más densa todavía y el alcance de la visión se redujo a veinte metros escasos.

El agua empezó a hervir. De súbito, Folsom oyó gritar a la muchacha en el piso superior:

—¡Bat, suba, pronto!

Folsom echó a correr y saltó los peldaños de dos en dos. Uno de ellos, inesperadamente, crujió de un modo alarmante, pero resistió su peso. Continuó su ascensión y llegó al rellano.

Cassie, muy pálida, estaba ante la puerta del dormitorio en donde había muerto Maybelle.

—¡No está! —dijo—. El cadáver ha desaparecido.

—¿Qué…?

Folsom se asomó. El dormitorio estaba completamente vacío.

—Cassie, ¿no nos habremos equivocado? —preguntó.

—No. Estoy segura de que la encontramos aquí. Es la primera puerta, según se sube, a mano izquierda.

El ceño del joven se arrugó.

—De todos modos, conviene que busquemos en las restantes habitaciones —dijo.

Cassie asintió. La búsqueda, sin embargo, resultó inútil.

—Bat, tenemos que irnos cuanto antes de aquí —dijo la muchacha—. Estoy aterrada…

—Tomaremos primero un poco de café —propuso Folsom—. Apenas se ha hecho de día y, por otra parte, me gustaría examinar un poco el motor de mi automóvil.

—Está bien. Creo que en Worleigh nos darán más detalles de esta casa misteriosa, ¿no le parece?

—Sí, yo también opino lo mismo. Vamos, Cassie.

La muchacha se dejó llevar. Folsom llenó dos tazas de café, que tomaron en silencio. Al terminar, Cassie lanzó una exclamación:

—¡Mire, Bat, un cementerio!

Folsom volvió la cabeza. A menos de cien metros de distancia, se veía una colección de lápidas y cruces, delante de un mausoleo de grandes dimensiones y estilo clásico. Folsom supo así que lo que había visto minutos antes no era fruto de su imaginación.

—Me gustaría echarle un vistazo —dijo.

Cassie se estremeció.

—Impresiona mucho —susurró.

—Quédese aquí…

—¡No, iré con usted!

Folsom sonrió ligeramente. Avanzó unos pasos y abrió la puerta de la cocina.

La niebla se pegaba al suelo en húmedos jirones, que se enredaban a veces con los arbustos y matorrales que crecían libremente, de un modo absolutamente silvestre. Era fácil adivinar que aquel lugar había permanecido abandonado desde hacía muchísimos años.

El silencio era total. A Folsom le pareció que se hallaban en un planeta distinto, completamente desierto. Él y Cassie eran los únicos habitantes de aquel lúgubre mundo…

Caminaron con cierta lentitud. Folsom observó un tanto extrañado que no había más que siete tumbas y todas ellas en hilera, situadas delante del panteón. En dos de las lápidas había grabado un nombre con las fechas de su nacimiento y muerte.

Las restantes, lápidas estaban en blanco. De pronto, Folsom leyó una de las inscripciones y creyó que soñaba:

MAYBELLE ROGERS STINNES
1911-1975

—¡Está enterrada aquí! —gritó la muchacha.

Su mano se crispó sobre el brazo de Folsom, quien, por su parte, había observado la exactitud de la inscripción. Rogers era el apellido de soltera de Maybelle. Pero en la lápida había una inscripción equivocada.

—Esas fechas no son exactas, al menos, la de nacimiento —dijo —. Maybelle nació el mismo año que yo, es decir, en mil novecientos cuarenta y seis.

De repente, Cassie creyó que perdía el sentido.

—Bat…, mire…, lea… esa otra inscripción…

La mano izquierda de la muchacha temblaba visiblemente al señalar una de las tumbas. La persona allí enterrada era un hombre.

RAINE WILLIAM DWOSER

1905-1975

—¿Qué sucede, Cassie? —preguntó él—. ¿Conocía usted a Dwoser?

Ella movió lentamente la cabeza.

—Sí… Es el hombre con el que debía haberme encontrado anoche en la taberna de los Albert… ¡Pero está vivo, Bat!

—La inscripción dice todo lo contrario.

—¡Raine nació en mil novecientos treinta y nueve!

Folsom frunció el ceño. ¿Por qué aquellos errores en la fecha de nacimiento?

—Tal vez sea obra de algún bromista —dijo. Pero lo dudaba mucho, porque la muerte de Maybelle no había sido precisamente una broma.

—Veamos el panteón —indicó.

Rebasaron la hilera de tumbas. A Folsom le preocupaba enormemente el hecho de que hubiera cinco lápidas sin la correspondiente inscripción. ¿Acaso esperaban aquellas sepulturas a otros tantos ocupantes?

El panteón parecía un templo griego en miniatura, sostenido por columnas dóricas. La puerta era de madera gruesa, vieja, pero sólida, con cuarterones tallados a mano. No obstante, quedaba asegurada sobre una recia verja, separada de la madera por un espacio de un metro, lo que impedía llegar con la mano a los dos pomos de ambas hojas de la puerta.

Sobre el frontis del panteón, a dos metros y medio del suelo, se podía leer otra inscripción:

RHYMSANE MALACHIAS GROPHIUS
1810-1940

—¡Increíble! —Dijo Folsom—. El doctor Grophius vivió ciento treinta años.

—No es común, pero a veces se dan casos de longevidad extraordinaria —observó la muchacha.

—Eso es cierto, pero si Grophius era el hombre que vimos anoche en la taberna… créame, Cassie, su edad no pasaba de los sesenta años. ¿No está de acuerdo conmigo?

—Sí, unos sesenta años —convino ella—. Pero… ¿está ahí

adentro?

Folsom no pudo evitar una risa nerviosa.

—Sí, en una tumba con calefacción —dijo.

CAPÍTULO IV

—Le sugiero una idea —habló Folsom, pasados unos minutos.

—Dígame, Bat —solicitó Cassie.

—¿Cuáles son sus planes?

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—No tengo ninguno. Soy libre como el viento… y no rica, precisamente.

—En tal caso, si le parece, iremos primero a Worleigh y haremos averiguaciones acerca del doctor Grophius. Alguien tiene que acordarse de él a la fuerza.

—Sí, parece lógico.

—Yo también estoy en sus condiciones, Cassie, completamente libre. Y no es que sea rico, pero no me falta algún dinero para soportar ciertos gastos. Sinceramente, estoy interesado en llegar al fondo de este misterio y saber si, efectivamente, Maybelle fue asesinada o murió de vieja.

—Había sangre en su pecho —le recordó ella.

—Pero no demasiada. Cassie, aquí sucede algo raro y muy macabro. ¿Tiene deseos de conocer la verdad o prefiere marcharse?

Cassie dudó unos instantes.

—Si usted sigue, yo seguiré también —dijo al cabo.

—Muy bien, en tal caso, vamos a ver si puedo reparar el coche. De otro modo, iríamos a pie hasta Worleigh.

Inmediatamente, dieron media vuelta y descendieron por la ladera hasta el camino donde se hallaba el coche detenido. La niebla había aclarado considerablemente, aunque la capa de nubes seguía siendo muy espesa y estaba a baja altura.

Había dejado de llover, si bien la humedad era muy acentuada. En pocos minutos, llegaron al coche.

Folsom quiso hacer una prueba antes de examinar el motor.

Sorprendentemente, el motor arrancó al primer intento.

—Es curioso —dijo—. Anoche me quedé incluso sin luces…

Cassie le miraba inquisitivamente desde el otro lado, fuera del vehículo. Folsom percibió un satisfactorio funcionamiento del motor.

—Vamos —dijo de pronto.

Ella se sentó a su lado. Folsom embragó y el automóvil se puso en movimiento.

Un cuarto de hora más tarde, se detenían ante la Golden Poplar Inn, un albergue de agradable apariencia. Folsom tomó del brazo a la muchacha y ambos penetraron en el vestíbulo.

Había una muchacha en el mostrador de recepción. Folsom pidió dos habitaciones. La chica puso delante el libro de registro y ambos firmaron con sus nombres.

A continuación, Folsom se volvió hacia Cassie.

—Convendría que nos comprásemos algo de ropa —dijo. Y antes de que ella pudiera formular alguna objeción, añadió—: No se preocupe, yo le prestaré el dinero. Ya me lo devolverá algún día.

—Está bien —sonrió Cassie.

Folsom se volvió hacia la muchacha.

—Señorita…

—Cindy, señor, Cindy Barney.

—Muy bien, señorita Barney. Deseo hacerle algunas preguntas sobre la casa de Elms Peak, es decir, si conoce usted el lugar.

—He pasado alguna vez por allí, aunque no he entrado nunca en la casa. Está deshabitada. Sé que su dueño murió hace muchísimos años, pero no puedo decirles nada más.

Folsom sonrió. Contempló a Cindy y se dijo que a sus veinte años mal contados parecía lógico que no conociera demasiados detalles del difunto Grophius.

—Quizá usted conozca a alguien que pueda hablarnos de esa casa —dijo.

—Sí, sé de alguien… Suele ir a la taberna del final de esta manzana todos los días, pero más tarde, claro. Se llama Hoss Reilly y sabe todas las historias de la comarca. Claro que es ya muy viejo, debe de tener unos ochenta y cinco o noventa años, aunque su mente es aún muy lúcida.

—No tenemos prisa, ¿verdad, Cassie?

—Oh, no, ninguna —contestó la aludida.

—¿Es que les interesa a ustedes esa casa? El lugar es bonito, aunque tétrico. Si no fuera por el panteón, que está tan próximo, yo creo que ya habría encontrado comprador.

—Ah, está en venta.

—Alfie Bowman podrá darles más detalles. Es agente de la propiedad. Su oficina está cuatro casas más abajo —indicó Cindy.

—Es usted muy amable, señorita —dijo Folsom—. ¿Vamos, Cassie?

Salieron a la calle. Minutos después, estaban en presencia de Bowman, un individuo joven y de aspecto agradable.

—¿La casa de Elms Peak? —Dijo, después de escuchar a Folsom —. Lo siento, ya no está en venta.

—¿Cómo? —se extrañó el joven.

—Eso es lo que he dicho. Sí, estuvo en venta durante muchos años, pero nadie quería comprarla. Hace algunos meses, vino alguien interesado, pagó todos los débitos de impuestos y demás y se convirtió en el propietario de la casa.

—¿Quién es, por favor? —preguntó Cassie.

—Lo siento, no estoy autorizado a revelar el nombre del dueño, hasta que él me lo permita.

—Ah, es un comprador que prefiere permanecer en el anónimo.

—Justamente. Yo me encargué de todas las gestiones por su orden, pero me encareció sobre todo que no divulgara su identidad. Y no lo haré, a menos que me obligue algún juez…

Folsom sonrió.

—La señorita Evanston y yo somos escritores, no jueces ni policías —dijo—. Simplemente, nos interesábamos por conocer algunos pormenores de la casa de Elms Peak.

—Lo único que yo puedo decirles es que el dueño murió hace unos treinta y cinco años. Asesinado, según se dictaminó, aunque nunca se encontró a su matador.

—Creo que eso es todo —dijo Folsom—. Señor Bowman, le agradecemos infinito el tiempo que ha perdido en darnos esos informes.

—Ha sido un placer —contestó el vendedor de fincas.

Folsom y la muchacha salieron a la calle.

—De modo que Elms Peak vuelve a tener dueño, ¿eh? —

murmuró él.

—El asesino de Maybelle —dijo Cassie.

—Aún no podemos asegurar nada al respecto. Cassie, si vamos a quedarnos algunos días en Worleigh, será mejor que empecemos a comprarnos algo de ropa. Elija sin miedo; ahí veo una *boutique* donde encontrará todo lo que necesite.

* * *

Se reunieron a mediodía y almorzaron en un restaurante, en el que les sirvieron una sustanciosa comida, con la que repararon sus fuerzas. A pesar del miedo que había pasado durante la víspera, Cassie sentía vivos deseos de volver a Elms Peak, pero más aún de conocer otros detalles sobre la vida del doctor Grophius.

—Se me antoja una especie de alquimista que buscaba la panacea —dijo.

—Sí, esa medicina mágica que curaba todos los males, ¿verdad?

—En todo caso, el viejo Reilly nos dirá algo dentro de poco.

Hoss Reilly, en efecto, era tan viejo como lo había descrito Cindy, pero su mente conservaba toda su viveza, aunque ya necesitaba lentes de fuerte graduación para poder caminar sin dificultades. Folsom pensó que una jarra de cerveza le desataría la lengua y así fue.

—El viejo Grophius —dijo Reilly, después de un largo trago de cerveza—. Era un hombre muy misterioso, con un genio horrible… No sé cómo su criado Barthold podía soportarle.

—Ah, tenía un criado —exclamó Cassie.

—Sí, un tipo raro, muy fuerte, parecía un toro y tan bruto como un bisonte enloquecido. Pero le era extremadamente fiel y le obedecía tan mansamente como un perro.

—El doctor Grophius murió asesinado —dijo Folsom—. ¿Qué sabe usted al respecto?

—Se dijo que había sido su ayudante Tom Dickinson, porque desapareció y no se le ha vuelto a ver más. Ahora bien, yo opino que Dickinson debió de perder la cabeza. De otro modo, no se explican las siete puñaladas que le pegó. Ensañamiento se llama a eso, ¿no?

—Efectivamente. De modo que tenía un ayudante…

—Sí, un chico bastante joven y bien parecido. Yo lo vi muchas

veces, puesto que, de cuando en cuando, iba a arreglar el jardín de la casa y a limpiarlo de hierbajos. Barthold se ocupaba únicamente del cuidado de los interiores y de cocinar para los dos hombres.

—¿No tenían ninguna mujer que les ayudase?

—No. Yo sugerí a mi difunta Abigail en un par de ocasiones, pero Grophius rechazó siempre mi ofrecimiento. Decía que ya tenía bastante con Barthold y que las mujeres, al menos en su casa, no eran sino un estorbo. Ciertamente, Grophius era un tipo raro. Y, como digo, con un genio espantoso, demoníaco a veces.

—Entonces, se explica que un día el ayudante se enfureciese por alguna reprimenda y…

—Eso es lo que pensó todo el mundo. La verdad, nadie tenía muchas simpatías a Grophius. El tampoco, por su parte, había hecho nada por hacerse amable y atractivo a los ojos de la gente. Se decía que era médico. Bien, alguna vez fueron a pedirle consejos y ayuda y él despachó siempre a todos con cajas destempladas. Y una cosa: jamás puso los pies en Worleigh.

—Pero de alguna forma se suministraban provisiones a Elms Peak —alegó Cassie.

—Oh, sí, claro; solía venir el criado en un coche que se movía de milagro.

—¿Pagaba sus compras?

—Al contado. Sobre eso, no hubo jamás la menor queja.

—Dígame, Hoss —habló Folsom—, ¿cuánto tiempo vivió Grophius en Elms Peak?

El viejo miró, al techo, como si se concentrase en hacer cálculos mentales.

—Pues… yo diría que unos cinco años, más o menos. Sí, ése es el tiempo que vivió en Elms Peak.

—¿Y el panteón? —preguntó Cassie.

—Después de muerto, el notario de Worleigh procedió a la apertura del testamento, que Grophius le había entregado en un sobre cerrado. Dentro de ese sobre, había otro que no debía de ser abierto hasta pasados treinta y cinco años de su muerte. En el testamento se dejaba la suma necesaria para la construcción del mausoleo. Si sobraba algo, pasaría a obras benéficas de la comunidad de Worleigh. No es que haya muchos pobres por aquí, pero tampoco se hicieron ricos con lo que sobró de la construcción

del mausoleo —concluyó Reilly sarcásticamente.

—Treinta y cinco años —repitió Folsom—. Un plazo algo raro, ¿no le parece, Cassie?

—Sí, aunque su explicación nos parecerá lógica cuando la conozcamos —respondió la muchacha—. Señor Reilly, ¿sabe usted dónde vive el notario?

—Por supuesto, pero si piensan ir a visitarle, pierden el tiempo. Está fuera de Worleigh y no volverá hasta la semana próxima, aunque ya no es con el viejo Ockhurst con el que tendrán que entenderse, sino con su hijo Harry, que es quien ha continuado en su puesto.

—Volveremos la semana próxima —afirmó el joven—. Señor Reilly, sus informes han resultado muy valiosos para nosotros.

Folsom entregó al anciano, con toda discreción, dos billetes de cinco dólares. Reilly tendría así para pagarse su cerveza durante algunos días.

El tiempo se les había pasado casi sin sentirlo. Pronto se haría de noche.

Abandonaron la taberna. En la calle, vacilaron un momento.

—Me gustaría volver a Elms Peak —dijo él.

—¿De noche?

—¿Tiene miedo, Cassie?

—Lo confieso…, pero también siento una enorme curiosidad.

Folsom sonrió.

—Entonces, no cabe la menor duda; iremos a Elms Peak.

De pronto, un automóvil se detuvo ante la taberna. Su único ocupante se apeó en el acto. Cassie lanzó un grito de sorpresa al reconocerlo.

—¡Raine!

El hombre se volvió al sentir que le llamaban.

—¡Cassie! —exclamó—. ¿Qué haces aquí?

—Anoche estuve aguardándote en La Foca Retozona, como habíamos quedado de acuerdo —dijo ella.

—Lo siento —se disculpó el hombre—. Me fue absolutamente imposible acudir a la cita. Créeme que lo lamento muchísimo, pero… —De pronto, se fijó en Folsom—. ¿Algún amigo tuyo?

Cassie hizo las presentaciones. Los dos hombres se saludaron brevemente.

—De todos modos, me alegro de encontrarte aquí, Cassie —manifestó Dwoser—. Tengo algo para ti... Yo, bien... quisiera que no te enojases...

Folsom se había apartado discretamente, a fin de que Cassie y Dwoser conversaran con toda franqueza. Dwoser abrió la portezuela de su coche, sacó un portafolios y extrajo de su interior un pequeño paquete, de forma alargada y cuidadosamente envuelto en papel de embalar.

—Tómalo sin reparos, Cassie —dijo el hombre—. Créeme que te recordaré mientras viva, pero no podemos seguir...

—Te casas —adivinó ella.

—Sí.

Cassie tenía el paquete en las manos. Sabía que Folsom la miraba y enrojeció.

De pronto, sintió un inexplicable arranque y puso el paquete en las manos de Dwoser.

—Lo siento, no puedo aceptarlo —dijo.

—Pero lo necesitas...

—Sí, lo sé. Sin embargo, mi orgullo se resentiría el resto de mis días. Pensé que lo nuestro podría cristalizar en algo más, pero estaba equivocada. Gracias, de todos modos, Raine.

El hombre parecía un tanto desconcertado.

—No quise ofenderte, Cassie —declaró.

—Bah, olvídalo, no te preocupes. Esto se ha acabado ya, Raine.

Cassie giró sobre sus talones y se acercó a Folsom.

—Ha visto lo que he hecho, supongo —dijo, con ojos muy brillantes.

Folsom movió la cabeza afirmativamente.

—Retiro lo que dije antes —sonrió—. Ha sido un gesto muy bonito.

—Gracias. Y ahora...

—Espere un momento, por favor —pidió él—. ¡Señor Dwoser!

El otro se disponía a entrar de nuevo en el coche y volvió la cabeza al oír pronunciar su nombre.

—¿Sí?

—¿Puedo preguntarle si va usted a Elms Peak?

—Ya me lo ha preguntado —contestó Dwoser secamente—. Pero no quiero responderle, señor Folsom.

Cassie avanzó un paso con aire vehemente.

—Raine, por favor, no vayas a Elms Peak —rogó.

—Cassie, todavía sigo apreciándote, a pesar de todo; pero, por favor, no te metas en mis asuntos.

La respuesta de Dwoser había sido pronunciada en un tono glacial. Antes de que ninguno de los dos pudiera decir algo, Dwoser se sentó tras el volante, dio el contacto y arrancó de nuevo.

CAPÍTULO V

—Se me ha olvidado preguntarle una cosa, Cassie —dijo Folsom, momentos después de la partida de Dwoser.

—¿Qué es, Bat?

—Su edad.

—Tiene treinta y seis años, creo.

—En la lápida del cementerio figura como nacido en mil novecientos cinco.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó ella—. Conozco bien a Raine y sé que…

Cassie calló de pronto. La noche caía con rapidez.

—Hemos dicho que íbamos a volver a Elms Peak —le recordó él.

—Sí, es cierto.

—Vamos a buscar el coche. Lo dejé en un taller, a fin de que le hicieran un repaso a fondo de la instalación eléctrica.

Cassie asintió en silencio. Minutos más tarde, Folsom hablaba con el mecánico, quien le aseguró que el vehículo se encontraba en perfectas condiciones. Folsom abonó la factura y luego abrió la portezuela del lado derecho para que Cassie pudiera entrar y sentarse.

El coche arrancó. Durante unos momentos, los dos guardaron silencio. De pronto, Cassie dijo:

—Bat, ¿se ha dado cuenta de que ninguno de los dos sabemos nada?

—¿Se refiere usted a Elms Peak?

—Oh, no, no me refería a esa casa… ¿Qué hace usted? Quiero decir, en qué trabaja.

—Dibujo «cómics». Soy bastante apreciado y me desenvuelvo bien, económicamente hablando, claro.

—Sí, su nombre me parecía conocido…

—Tal vez habrá leído usted alguna de mis historietas. Muchas de ellas tienen mi propio guión, aunque en ocasiones interpreto los de otros guionistas.

—¿Dibuja historias de terror?

—Depende de los encargos del editor. Soy un hombre que toca todos los temas.

—Un dibujante ecléctico.

—Sí, en efecto.

El coche rodaba con los faros encendidos. Folsom se dio cuenta de que la niebla se espesaba gradualmente.

Caía una llovizna muy fina. El ambiente era tristón, desapacible, deprimente.

Folsom refrenó de pronto la marcha del vehículo.

—Ahí está el camino que conduce a Elms Peak —dijo.

Dobló el volante a la derecha y abandonó la carretera. A los pocos momentos, avistaron la mole oscura del caserón, en cuyas paredes se reflejaban las luces del coche.

—Dwoser no ha venido —dijo Folsom.

—¿Está seguro? Me parece haber visto rodadas frescas en el suelo…

Folsom paró el motor, apagó las luces y sacó una linterna eléctrica de la guantera. Inmediatamente, echó a andar hacia la casa. Cassie le seguía, pegada como la sombra al cuerpo.

—En todo caso, ¿dónde está el coche de Dwoser? —murmuró él, cuando ya llegaban a la entrada.

Folsom levantó el enorme aldabón de hierro y lo dejó caer. Coincidiendo con el golpe, se encendieron simultáneamente todas las luces de la casa.

Cassie lanzó un grito. Folsom agarró con fuerza la linterna. Era grande y podía servirle como arma contundente, en un caso dado.

Los goznes de la puerta chirriaron cuando él la empujó. Como la víspera, el silencio era absoluto.

—¡Dwoser! —llamó Folsom a gritos.

Su voz retumbó por toda la casa, pero no recibió la menor respuesta. De pronto, avanzó hacia la puerta del salón y la abrió.

La chimenea estaba encendida, pero el salón se veía vacío, aunque en perfecto orden. Folsom, desconcertado, pero, al mismo tiempo resuelto, giró en redondo y se encaró con la muchacha.

—Pienso pasar aquí toda la noche —dijo.

Cassie afirmó con la cabeza.

—Y yo —murmuró.

—Pero antes de sentarnos a esperar que suceda algo, le sugiero recorrer detenidamente todo el edificio.

—Muy bien, vamos allá.

El recorrido duró unos treinta minutos, durante los cuales no encontraron nada que llamase su atención. Folsom tenía la impresión de que en alguna parte había una habitación secreta, pero no se le alcanzaba, ni mucho menos, el lugar donde podía hallarse la entrada.

—Haremos café, una cafetera llena, y nos sentaremos en el salón —dijo, después de la infructuosa exploración.

Quince minutos más tarde, regresaban al salón. Folsom llevaba la cafetera y Cassie la bandeja con el servicio. Después de tomar café, Folsom reavivó el fuego de la chimenea.

—A Grophius le pegaron siete puñaladas —murmuró—. ¿Por qué ese ensañamiento?

—Recuerde lo que nos contó Reilly. Grophius era un tipo con un genio infernal. Dickinson debió de explotar y…

Folsom entornó los ojos.

—Hace ya treinta y cinco años —murmuró—. Si Dickinson era en aquella época un joven de mi edad, ahora debe de tener unos sesenta y cinco años.

—Huyó. Nadie ha vuelto a saber de él. Y aunque la huida le acusa, no se ha probado su culpabilidad de un modo concluyente.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, se oyó arriba un fuerte grito.

Cassie sintió un escalofrío. Folsom se levantó de un salto.

—¡Vamos! —exclamó.

Salieron corriendo de la estancia y subieron al piso superior. Folsom notó por segunda vez el fuerte crujido de aquel peldaño, cuya madera parecía estar podrida. Sin embargo, no prestó atención al incidente.

Había una puerta entreabierta. Folsom terminó de abrirla.

Cassie chilló y volvió la cabeza. El joven sintió que la sangre se le helaba en las venas.

Dwoser estaba sentado en un butacón, con las manos apoyadas

en los brazos. Tenía la chaqueta desabrochada y en el centro de su camisa blanca se divisaba una mancha de color rojo, de unos tres o cuatro centímetros de diámetro.

Pero Dwoser tenía ya el pelo completamente blanco. Folsom se espantó: aquella misma tarde había visto una abundante cabellera de color castaño.

Las facciones del individuo correspondían a las de un hombre de unos cincuenta y tantos años de edad. Todavía alentaba, aunque muy débilmente.

Dominando sus aprensiones, Folsom se acercó al butacón.

—Dwoser, ¿me oye? —preguntó.

Los labios del hombre se movieron débilmente.

—Gro… phius…

La voz era muy tenue, tanto, que Folsom dudó de lo que acababa de escuchar.

—¿Ha dicho Grophius? —preguntó.

Muy lentamente, la cabeza de Dwoser se dobló sobre su pecho. Un leve suspiro brotó de sus labios, y eso fue todo.

Durante unos segundos, Folsom permaneció irresoluto. Luego, decidiéndose, desabotonó la camisa de Dwoser. Sobre la carne pudo ver un agujero de forma alargada, de unos dos centímetros, situado directamente sobre el corazón.

La sangre manaba lentamente. Cassie, en silencio, contemplaba la escena con ojos llenos de terror.

—¡Mire! —gritó de pronto—. ¡Está envejeciendo!

La cara de Dwoser se llenaba rápidamente de arrugas. Su pelo cayó en vedijas muy finas, de color completamente blanco. Al mismo tiempo, sus manos se cubrieron también de arrugas y su cuerpo encogió considerablemente.

Folsom retrocedió varios pasos.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué envejecen con tanta rapidez?

Pero ni él ni Cassie estaban en condiciones de contestar a aquella pregunta, porque no sabían explicarse las causas de tan extraño fenómeno.

* * *

Folsom puso la cafetera cerca de la chimenea. Cuando el café

estuvo caliente, llenó dos tazas y añadió en cada una de ellas algunas gotas de coñac.

—¿Se siente más animada, Cassie? —preguntó, poco después.

—Sí, va estoy mejor, gracias.

—Maybelle murió anoche. Dwoser ha muerto hoy. El cadáver de la primera ha desaparecido. Creo que lo mismo pasará con el de Dwoser.

Cassie sintió un escalofrío.

—Sí, pero ¿quién se lo llevará? —preguntó.

—Eso es lo que vamos a tratar de averiguar. Cassie, usted se quedará aquí…

—¡No, por favor! —Se estremeció ella.

—Tiene que quedarse —insistió él—. A ninguno de nosotros dos nos ocurrirá nada malo. A fin de cuentas, nuestros nombres no figuran en las tumbas del cementerio.

—Hay cinco lápidas en blanco. Bat.

—Lo sé, pero nada de lo que sucede aquí tiene que ver con nosotros.

—Puede ocurrir, si el que comete los asesinatos cree que somos un estorbo para él.

—Es cierto, pero, aun así, insisto en que no debe temer. De todos modos, usted puede dejar la puerta abierta. A la menor señal de alarma, dé un fuerte grito. ¿Ha entendido?

Cassie se esforzó por sonreír.

—Bat, ¿saldrá de aquí un buen guión para una de sus historias gráficas? —dijo.

—Es posible —contestó él, sonriendo también.

Llenó una copa, tomó un buen trago y se dirigió hacia la puerta.

—No olvide nunca que, para gritar, los pulmones de una mujer son siempre más potentes que los de un hombre —dijo jovialmente.

Folsom emprendió el ascenso al piso superior. Al llegar al escalón que crujía, lo salvó, pisando en el inmediato superior. Continuó el ascenso y llegó al rellano.

Se asomó a la habitación. Dwoser, convertido en un viejo de más de setenta años de edad, yacía todavía en el butacón.

Dejó la puerta entreabierta. Desde la habitación frontera podría vigilar cómodamente, se dijo.

Cruzó el pasillo en sentido inverso y abrió la otra puerta. Con la

mano tanteó para encontrar el interruptor de la luz. En el momento en que se disponía a manejarlo, las luces se encendieron a millares.

Folsom tardó una décima de segundo en saber que aquel chisporroteo procedía de un porrazo que alguien le había asestado. Pero casi en el acto se sintió caer.

¿Caía a un pozo muy profundo o sólo se desplomaba al suelo, en una habitación completamente a oscuras?

* * *

Llovía con fuerza y el agua le caía en la cara. Folsom trató de refugiarse, pero no lo consiguió.

—Vamos, vamos, despierte… —Oyó una voz muy lejana.

—Me mojo. Deme un paraguas, por favor.

—Está a cubierto, Bat. Soy Cassie, trate de recordar. Despierte, hombre.

Folsom abrió los ojos, pero la luz le hizo daño y se vio obligado a cerrarlos de nuevo. De repente, le pareció que estaba situado bajo una catarata.

—¡Despierte de una vez! —gritó Cassie.

Folsom se sentó en el suelo, con la cabeza y los hombros llenos de agua. Entonces vio a la chica arrodillada a su lado, con una jarra vacía en la mano.

—Le dieron bien, ¿eh? —sonrió Cassie.

Folsom se llevó una mano a la nuca.

—Fuerte, muy fuerte —rezongó—. Oiga, me ha puesto perdido…

—Claro, yo le arrojaba gotitas con la mano, pero usted no daba señales de volver a la vida, así que le volqué en la cabeza el contenido de la jarra. ¿Puede levantarse?

—Haré un esfuerzo…

Cassie le ayudó a ponerse en pie.

—Vamos al salón —propuso—. Hay café caliente.

—Es una buena idea. —Folsom torció el gesto—. El tipo se ensañó.

—No lo crea. Si se hubiera ensañado, ahora no estaría hablando usted conmigo —dijo ella.

—Es cierto. Pero ¿cómo diablos podía saber que yo iba a entrar precisamente en aquella habitación?

—Yo lo encuentro completamente lógico, Bat. Ese individuo, sea quien sea, sabe que estamos en la casa. Incluso nos oyó hablar. Por tanto, sabía que usted se apostaría para vigilar el momento en que se llevase el cadáver. Naturalmente, el mejor apostadero tenía que ser a la fuerza la habitación de enfrente. Y él estaba allí, esperándole como el cazador a su presa.

—Oiga, ni que fuera usted Sherlock Holmes —se admiró él de la sagacidad de la muchacha.

—Elemental —sonrió Cassie—. Pero, de este modo, el tipo consiguió lo que quería.

—Adivino lo que me va a decir. El cadáver de Dwoser ha desaparecido.

—Sí —confirmó ella escuetamente.

Capítulo VI

Unas ligeras abluciones en el grifo de la cocina y un par de tazas de café, dejaron a Folsom casi como nuevo. Todavía faltaban algunas horas para que amaneciese.

—¿Cómo me encontró sin sentido? —preguntó él.

—Me quedé dormida. Así, como suena. Creo que estuve durmiendo unas tres o cuatro horas. Entonces, me desperté y percibí un silencio absoluto. Le llamé a gritos, pero usted no contestaba. Subí al primer piso y…

—No siga, conozco el resto. Pero este porrazo, me parece, no fue tan fuerte como para hacerme perder el conocimiento durante cuatro horas.

—Muy probablemente, usted empalmó la pérdida de conocimiento con el sueño. Pero eso importa poco ahora, me parece.

—Sí, es verdad. Cassie, ¿se atreve a ir al cementerio?

El esbelto cuerpo de la muchacha se agitó levemente.

—¿Quiere que vayamos? —preguntó.

—Por lo menos, iré yo.

—Iremos juntos, Bat.

—Sí, Cassie.

Folsom requirió su linterna. Ya se habían cometido dos muertes misteriosas y ambas de personas conocidas de los dos. En realidad, pensó, se trataba de una casualidad, ya que tanto él como Cassie se habían encontrado en La Foca Retozona. Una notable coincidencia, puesto que ambos habían ido allí para una entrevista final con dos personas con las cuales habían estado unidos hasta entonces por lazos sentimentales. El enigma no radicaba tanto en los dos asesinatos, como en el súbito envejecimiento de las víctimas.

Momentos después, llegaban al cementerio. La luz de la lámpara

alumbró las dos primeras lápidas.

—¿Estarán ocupadas? —murmuró Folsom.

De repente, sintió que los dedos de la muchacha se clavaban en su brazo.

—Mire, hay otra lápida grabada…

Folsom desvió un poco el haz de rayos de su linterna. El resplandor le permitió leer la inscripción:

CLINTON DAVIES WILLARD
1898-1975

Los dientes de la muchacha castañetearon.

—Otra víctima…

Folsom meditó un instante.

—Anoche había dos inscripciones —dijo—. Las dos personas a las que correspondían están muertas. Pero la inscripción relativa a Willard es reciente, de hoy mismo.

—¿Esta noche?

—O tal vez ayer por la tarde. Cassie, creo que cometimos un error al no explorar el cementerio apenas llegados.

—¿Cómo podíamos suponer que sucedería algo semejante? —protestó ella.

—Después de lo sucedido ayer, teníamos que haberlo imaginado. Pero aún no es tarde, quizá.

—¿Qué idea se le ha ocurrido ahora, Bat?

—Una, muy sencilla: buscar a Willard, puesto que sospecho que sigue con vida.

—Sí, pero ¿dónde encontramos a Willard?

Folsom demoró la respuesta unos momentos. Luego dijo:

—Es muy probable que el viejo Reilly lo conozca. No olvidemos que hace treinta y cinco años venía a arreglar el jardín de Elms Peak.

—Tiene usted razón. Iremos a ver a Reilly.

De repente, Folsom enfocó el haz de rayos de su linterna sobre la puerta del mausoleo.

—Me gustaría entrar ahí —murmuró.

Muy despacio, avanzó unos cuantos pasos y llegó a la verja, que sacudió con una mano. Cassie le contemplaba interesadísima.

—Por favor, caballero, deje al señor que duerma tranquilo.

La voz había sonado a espaldas de la pareja y parecía brotar de alguna de aquellas tumbas. Cassie lanzó un chillido y se agarró a Folsom con ambos brazos.

—Calma, Cassie —dijo el joven—. Tengo la idea de que este buen hombre no pretende hacernos ningún • daño. ¿No es así, amigo? —preguntó, a la vez que se volvía.

—En efecto, señor —contestó el desconocido—. Si tienen la bondad de seguirme a la casa, les prepararé algo caliente para beber.

—De acuerdo, pero, dígame, ¿quién es usted?

—Barthold, señor, el criado del doctor Grophius.

Cassie lanzó un gritito ahogado.

—Le vimos en la taberna.

—Es cierto, señorita. De cuando en cuando, el doctor tiene necesidad de respirar el aire puro.

—Ya —dijo Folsom sarcásticamente—. Y usted ha montado un sistema de calefacción en su tumba.

—Así es —contestó Barthold sin inmutarse—. Por favor, caballero, señorita…

Folsom cogió la mano de la muchacha y la oprimió con suavidad, para darle ánimos. Barthold les precedía ceremoniosamente, sin volver la cabeza una sola vez.

El extraño individuo les guió hasta el salón.

—Siéntanse como en su propia casa —dijo—. Ahora mismo les traeré bocadillos y café…

—Café sólo, por favor —dijo Folsom.

—Como mande el señor.

—Y queremos hablar mucho con usted —intervino Cassie.

—Sí, señorita.

Barthold se alejó, con su impasibilidad habitual. Folsom apreció que era un hombre de unos cincuenta años, pero todavía tremendamente robusto. Aquellas manos, se dijo, eran aún capaces de torcer una herradura.

—Parece un fantasma —susurró Cassie cuando Barthold hubo abandonado el salón.

—Es un hombre de carne y hueso —dijo él, muy pensativo—. Pero hay algo que me preocupa.

—¿Qué es, Bat?

—El doctor Grophius murió hace treinta y cinco años. Es de suponer que Barthold fuese ya en aquella época un hombre de cierta madurez de edad, unos treinta años, como mínimo.

—Eso significaría que ahora debería tener sesenta y cinco.

—Más o menos. Y, sin embargo, no aparenta más de cincuenta. ¿Por qué?

—Bat, ¿sabemos con absoluta certeza si ese hombre es Barthold? —preguntó Cassie.

—¿No lo dijo Edith, la tabernera?

—Según creo recordar, la tabernera sólo habló del doctor Grophius, no dijo nada de Barthold. Pero el sujeto que Edith reconoció como Grophius sí pronunció ese nombre, cuando le avisaron que ya tenía calefacción en la tumba.

Y añadió:

—Ése es un detalle importante. Tendríamos que preguntárselo a Edith, ¿no le parece?

—Iremos a verla mañana por la mañana —decidió él.

Barthold apareció de pronto, con una gran bandeja en las manos.

—El café, señores —anunció.

Folsom aguardó a que el singular individuo, cuya cara parecía tallada en granito gris, hubiera servido la infusión. Estaba seguro de que era el que le había golpeado, pero no quiso mencionar el incidente por el momento.

Después de tomar una taza de café, dijo:

—Barthold, la señorita Evanston y yo queremos hacerle algunas preguntas. Por cierto, todavía no nos hemos presentado. Ella es Cassie Evanston y yo me llamo Bat Folsom.

Barthold se inclinó gravemente.

—Es un placer —dijo. Y añadió—: Estoy dispuesto a contestar a sus preguntas.

—Muchas gracias, Barthold. Primero, ¿cómo murió el doctor?

—Le asestaron siete puñaladas, señor.

—¿Su ayudante? —intervino Cassie.

Barthold movió levemente la cabeza.

—No, señorita —dijo.

—Entonces, ¿quién fue? —quiso saber Folsom.

—Siete personas ruines y desagradecidas, señor.

—Oh, de modo que lo mataron…

—Cada una de esas personas le asestó una puñalada.

Cassie dio un respingo. Folsom se sentía atónito.

—Un asesinato colectivo —dijo.

—En efecto, señor —corroboró el impasible Barthold.

—Dígame, ¿estaba usted en esta casa el día del crimen?

—En aquellos momentos, no, señor. Yo había ido a Worleigh a comprar provisiones, aunque tenía noticias de que el doctor esperaba la visita de esas siete personas. Cuando regresé, me lo encontré muerto.

—¿Y el ayudante? —preguntó Cassie.

—Había desaparecido, señorita. Nunca más volví a verle.

—Barthold, acláreme una duda, por favor —solicitó Folsom—. ¿Ha vivido usted aquí todo este tiempo?

—Oh, no, señor. Solamente, de cuando en cuando, venía a dar una vuelta por la casa y a procurar que todo estuviera en orden, para cuando regresara el doctor Grophius.

—Regresar, ¿de dónde? —se asombró la muchacha.

—De la tumba, por supuesto.

—Y ha regresado ya —dijo Folsom.

Barthold guardó silencio. El joven estimó útil formularle una pregunta más:

—Dígame, Barthold, se lo ruego, ¿qué edad tenía usted cuando murió el doctor?

De pronto, Cassie lanzó un gemido.

—Bat, me mareo… Todo me da vueltas…

La muchacha estaba sentada sobre el diván y Folsom trató de atenderla. De repente, se sintió atacado por un sueño invencible.

Eran dos noches prácticamente sin pegar un ojo. Folsom reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Instantes después, dormía profundamente.

* * *

Folsom abrió los ojos, sintiendo una cierta sensación de torpeza en las articulaciones, debido a una postura no demasiado cómoda. Al cabo de unos momentos, con enorme sorpresa, se dio cuenta de que estaba en su automóvil.

Lanzó un gruñido. Era día claro y lucía el sol. El coche estaba

detenido en un camino secundario, de tierra, en lo que parecía un lugar completamente aislado. Ciertamente, el paisaje no tenía nada en común con Elms Peak ni con las inmediaciones de la taberna de los Albert o de Worleigh.

De repente, oyó un fuerte bostezo. Terminó de sentarse adecuadamente y se volvió hacia el asiento posterior.

Cassie se sentaba en aquel momento, estirando los brazos voluptuosamente, a la vez que emitía los sonidos clásicos del bostezo. De súbito, se dio cuenta de dónde estaba y lanzó un agudo chillido:

—¿Qué hago yo aquí?

—Tranquilícese, Cassie; está en mi coche.

Ella le miró con ojos de pasmo.

—Pero ¿cómo hemos venido a parar aquí? Yo me quedé dormida en la casa del doctor Grophius…

—Y yo, pero debemos tener presente que Barthold, sin duda, posee permiso de conducción de vehículos automóviles —dijo él con sarcasmo.

Cassie continuaba todavía sin comprender muy bien lo que había sucedido.

—No sé… Me siento desconcertada… —dijo.

—Cassie, tengo la sensación de que Barthold ha querido alejarnos de Elms Peak —murmuró él pensativamente—. El café estaba drogado.

—¿Lo cree así?

Folsom movió la cabeza afirmativamente.

—De haber viajado dormidos de una forma normal, nos habríamos enterado del movimiento del coche. Una persona que duerme en un automóvil en marcha, se despierta de cuando en cuando, aunque vuelva a adormecerse rápidamente. Pero nosotros no nos hemos enterado siquiera de que nos traían al coche.

—Es cierto —convino la muchacha—. Pero ¿dónde estamos?

De pronto, Folsom concibió una idea. Volvió los ojos hacia el tablero del coche y consultó durante unos momentos el cuentakilómetros parcial.

—Cassie, recuerdo muy bien haber puesto a cero el cuentakilómetros al salir de Worleigh en dirección a Elms Peak. La distancia recorrida era de tres kilómetros y ochocientos metros.

—¿Y cuánto marca ahora el indicador?

—Doscientos veintitrés kilómetros.

Cassie lanzó una exclamación de asombro:

—¡Tan lejos! Pero ¿cómo habría regresado Barthold a Elms Peak?

—No tengo la menor idea, aunque es muy probable que este lugar no se halle demasiado lejos de alguna carretera transitada. Caminaría a pie un kilómetro o dos, haría *auto-stop* o tal vez llegaría a alguna estación de servicio y pediría un taxi por teléfono…

—Sí, es una solución muy sencilla —admitió la muchacha—. Pero a nosotros nos ha alejado de allí. ¿Por qué?

—Indudablemente, no quiere que volvamos más por Elms Peak. Es una forma muy elegante de indicarlo, ¿no le parece?

—Sí, aunque convendría saber dónde estamos. ¿Tiene usted algún mapa de carreteras?

—Desde luego.

Folsom alargó la mano hacia la bolsa de la puerta derecha. De pronto, notó que algo le rozaba la cara.

Era un papel que sobresalía bastante del bolsillo superior de su chaqueta. Extrañado, puesto que no recordaba haber puesto ningún papel en aquel lugar, lo sacó, dándose cuenta de que era un mensaje escrito.

Cassie también lo advirtió y casi se puso en pie para, apoyada en el respaldo del asiento delantero, leer el contenido de aquel extraño mensaje:

«No vuelvan más por Elms Peak o les pesará».

CAPÍTULO VII

El coche se detuvo en la explanada de la estación de servicio. Inmediatamente, Cassie se apeó y se encaminó a los lavabos, a fin de asearse un poco. Folsom hizo lo mismo y, poco más tarde, se reunían los dos en el comedor, en donde, dada la hora, encargaron un sólido almuerzo.

Comieron casi en completo silencio, sumidos ambos en sus preocupaciones. Al terminar, Folsom sacó cigarrillos.

—Bien, Cassie, la advertencia de Barthold está muy clara: no quiere que volvamos más por aquella siniestra mansión. ¿Se imagina usted los motivos?

—Cinco personas corren peligro de morir asesinadas —contestó ella.

—Exactamente. Dos han muerto ya; cinco están vivas, pero han sido condenadas a muerte. ¿Cuáles son las causas?

—Bat, lo que yo no alcanzo a comprender es por qué cada uno de los siete tuvo que dar su puñalada al doctor —dijo Cassie—. Fue un asesinato colectivo… no de muchas víctimas, sino, al contrario, cometido por siete personas al mismo tiempo. ¿Por qué mataron al doctor Grophius?

—¿Está muerto? Barthold dijo que Grophius va a regresar.

Cassie se pasó una mano por la frente.

—La cabeza me da vueltas, metafóricamente, por supuesto — dijo—. Las preguntas se me agolpan en la mente y no encuentro respuesta para ninguna de ellas. ¿Está muerto Grophius realmente? ¿Es aquel hombre el verdadero Barthold? ¿Qué fue de «Toro Dickinson» el ayudante?

—Hay muchos enigmas, en efecto —convino él—. Pero si queremos seguir adelante, es necesario que volvamos, por lo menos, a Worleigh y hagamos preguntas a quienes nos puedan contestar. Y

También convendría que hablásemos con los Albert.

—Ésa es una buena idea. Otra idea excelente, creo, sería hablar con Harry Ockhurst, el notario de Worleigh.

Folsom consultó la hora.

—Son las doce —dijo—. Ya he examinado el mapa, mientras usted terminaba de arreglarse. He trazado una ruta que nos permitirá llegar a La Foca Retozona en poco más de una hora.

—Pero, Bat, ¡si estamos casi a doscientos cincuenta kilómetros de esa taberna! —exclamó Cassie, sorprendida.

El joven sonrió.

—Tengo la impresión de que Barthold dio muchas vueltas y revueltas, a fin de consumir gasolina y confundirnos, si, como parecía lógico, yo examinaba el indicador del kilometraje recorrido. Pero según el mapa, estamos a menos de setenta kilómetros de La Foca Retozona.

—¡Fantástico!

—No, completamente natural… aunque contemplado desde el punto de vista de un hombre que se dispone a cometer cinco asesinatos.

Cassie sintió un helado escalofrío.

—¿Será cierto que el doctor Grophius vuelve de su tumba para vengarse de las siete personas que lo asesinaron? —murmuró.

* * *

El coche se detuvo frente a la taberna. Folsom y la muchacha cruzaron la pequeña explanada y entraron en el local. Edith Albert sonrió ampliamente al reconocerles.

—Bien venidos a casa —dijo acogedoramente—. ¿Qué les sirvo de beber?

—Café para los dos, por el momento, señora —contestó Folsom —. ¿Está su esposo?

—No, ha salido. La taberna no es sino un complemento de su trabajo —explicó Edith—. Ha ido a labrar uno de nuestros campos con el tractor.

—Comprendo. Edith, por favor, traiga también café para usted.

La tabernera miró extrañada a Folsom, pero acabó por sonreír. Minutos más tarde, llegó con la bandeja y se sentó entre los dos jóvenes.

—Ustedes dirán —habló, después de servir el café.

—Se trata del doctor Grophius, Edith —manifestó Folsom.

—¡El Señor nos proteja de él! —exclamó la tabernera, muy asustada, a la vez que se santiguaba devotamente.

—Edith, no irá usted a decirnos que era un diablo —sonrió Cassie.

—Poco menos —contestó la mujer—. En Worleigh no le apreciaba nadie, créanme. Y, a decir verdad, no sé cómo su ayudante y Barthold podían soportarle.

—Se supone que fue el ayudante quien lo asesinó. ¿Qué sabe usted sobre el particular, Edith? —inquirió Folsom.

—Todo el mundo lo dijo. El señor Dickinson se ensañó con el doctor. Debió de enloquecer de rabia, debido a alguna reprimenda que consideró excesiva…

—Vayamos por partes, Edith —dijo Folsom—. Según tengo entendido, su difunto suegro, entonces alguacil de Worleigh, y el médico, llegaron a Elms Peak cuando el doctor aún vivía. El doctor dijo que volvería de la tumba para vengarse de sus asesinos, pero se dice por ahí que el autor del crimen fue Dickinson.

—Ayudado por el criado…

—Barthold no estaba en la casa en aquellos momentos, Edith.

—Lo siento, señor, yo no sé mucho sobre el asunto; sólo lo que se dice por ahí… Pero mi suegro lo repitió más de una vez, porque él mismo lo oyó al propio doctor Grophius. El doctor dijo que volvería de la tumba para vengarse de los asesinos.

—Le dieron siete puñaladas. ¿Cómo pudo sobrevivir tanto tiempo? —preguntó la muchacha.

—No lo sé… Era un hombre muy fuerte… —titubeó Edith.

—Usted lo reconoció en el acto, cuando entró la otra noche en la taberna. Pero ya habían pasado treinta y cinco años desde que murió —dijo Folsom.

—Ah, señor, quien vio una vez al doctor, y yo lo vi muchas veces, no lo olvidará jamás. Es un rostro que se queda impreso en la mente, como si fuese una marca al fuego en la piel. Ese recuerdo no se borrará jamás de mi mente, créame.

—Edith, cuando murió, ¿cuántos años tenía el doctor Grophius?

La tabernera hizo un gesto vago.

—Cincuenta, sesenta años… ¿quién podría decirlo con

exactitud? Algunos, sin embargo, aseguraban que tenía más de cien años y que se mantenía así, tan fuerte y tan robusto, pese a su aspecto de madurez, gracias a alguna misteriosa pócima que él había conseguido elaborar en su laboratorio.

—Una droga de la juventud —dijo Cassie.

—Más o menos, señorita, Pero esto son habladurías. Para mí, lo único cierto es que el doctor Grophius volvió de su tumba, porque había hecho un pacto con el diablo.

Folsom y Cassie cambiaron una mirada. En las manifestaciones de la tabernera había, lógicamente, una buena dosis de exageración; en donde las supersticiones tenían parte principal. Pero también había algo de cierto.

Separar lo real de lo fantástico sería la labor más importante, pensaron.

De pronto, un hombre entró en la taberna.

Era un sujeto alto, vestido con gran elegancia, de unos sesenta años, pele canoso y bigote gris. Parecía caminar con ciertas dificultades, aunque no usaba bastón.

Edith se levantó inmediatamente para atender al recién llegado.

—¿Señor…?

El hombre la miró con ojos carentes de brillo.

—¿Hay un teléfono? —Preguntó—. He de hacer una llamada muy urgente, señora/

—Sí, por supuesto. Allí, junto al mostrador —indicó Edith.

—Gracias, señora.

El recién llegado se acercó al teléfono, lo descolgó y marcó un número. Folsom advirtió que sus manos temblaban visiblemente.

Transcurridos unos momentos, se oyó de nuevo la voz del desconocido:

—Charles, ¿eres tú? Óyeme bien, soy Clinton… Te necesito con urgencia, me sucede algo horrible… ¿Cómo? ¿Que no reconoces mi voz? ¡Soy Clinton Willard, te lo aseguro! Por favor, ven prontoˆ estoy en una taberna llamada La Foca Retozona… ¡Esto no es cosa de broma, estúpido! —gritó el hombre, exasperado—. Ven pronto, tú eres el único que puede hacer algo por mí… La taberna está en la ruta de Worleigh, pasado el pueblo y a seis kilómetros hacia el sudoeste…

Folsom y la muchacha se miraban consternados. Otro de los

asesinos del doctor Grophius daba señales de vida, pero ésta parecía ser ya muy corta.

De repente, Edith lanzó un chillido.

Un mechón de los cabellos de Willard se desprendió de su cabeza y revoloteó, mientras se deshacía en el aire. El teléfono escapó de pronto de la mano del hombre, quien se tambaleó visiblemente.

Folsom se puso en pie. Edith, aterrada, se había refugiado tras el mostrador y asomaba apenas la cabeza, contemplando la escena con ojos que parecían ir a saltar de las órbitas de un momento a otro.

Lentamente, Willard se apartó del teléfono y, con paso inseguro, caminó en busca de un asiento. Folsom corrió hacia él y le sujetó por un brazo.

—Se siente enfermo, señor —dijo—. Permítame…

Willard no hizo caso apenas del ofrecimiento de Folsom. Pasivamente, se dejó conducir al diván que había junto a la chimenea, donde se derrumbó como una masa inerte.

Un vivísimo relámpago brilló de repente en el cielo cargado de nubes. El trueno llegó instantes más tarde, con tremendo estampido, que hizo retemblar la estructura de la taberna.

Edith lanzó un agudo chillido. Folsom se inclinó sobre Willard, quien jadeaba penosamente, como si le faltara la respiración.

—Señor Willard —llamó.

—En… ¿qué…, qué quiere de mí…? —preguntó el individuo con un soplo de voz.

—Por favor, diga lo que le sucede. Diga quién se lo ha hecho…

—Me muero… Soy muy viejo… Grophius…

Edith volvió a chillar. Folsom, colérico, se volvió hacia la impresionable tabernera.

—¡Cállese, maldita sea! —exclamó, exasperado—. ¡Señor Willard! —llamó casi a gritos.

Los ojos del moribundo le miraron vagamente. Folsom se dio cuenta de que Willard apenas veía ya.

—¿Qué le ha hecho Grophius? —preguntó—. ¿Está vivo?

Cassie, en pie, tenía una mano metida en la boca, para no gritar. La transformación de Willard era evidente.

—¡Conteste, Willard! —pidió Folsom con voz potente.

Pero, de pronto, el hombre dobló la cabeza a un lado y se

deslizó hasta quedar tendido parcialmente de lado sobre el diván. Dominando sus aprensiones, Folsom tomó su muñeca.

Momentos más tarde, volvió la cabeza hacia la muchacha. Hizo un gesto negativo.

Cassie comprendió en el acto.

—La tercera víctima de Grophius —murmuró.

Cassie empezaba ya a acostumbrarse. El cambio operado en Willard no le causó ya tanta impresión.

—¿Había estado en Elms Peak? —preguntó.

Folsom desabrochó el abrigo de Willard, quien parecía ahora viejísimo. En el centro de su pecho encontró aquella pequeña hendidura, de la que la sangre manaba en muy escasa cantidad.

—Habrá que avisar a la policía —dijo, al mismo tiempo que se volvía hacia el mostrador.

Pero Edith no dijo nada. Se había desmayado.

Folsom se acercó al teléfono, que Willard había dejado descolgado. Al levantarlo, pensó que el hombre, si había estado en Elms Peak, había tenido tiempo suficiente para escapar, pero la muerte le había sorprendido al llegar a la taberna.

Era evidente que había advertido lo que le pasaba durante el camino. Su detención en la taberna era debida al deseo de pedir ayuda a alguna persona de su confianza, tal vez a su médico de cabecera, pero incluso su voz había cambiado, Charles, quienquiera que fuese, se había sentido molesto por lo que estimó una broma.

De repente, sintió una especie de ahogo, un extraño mareo, que le hizo ver que todo giraba vertiginosamente a su alrededor. Oyó la voz de la muchacha, pero creyó que Cassie estaba muy lejos.

Hizo un desesperado esfuerzo. Sus rodillas se doblaban y no pudo evitarlo. Momentos después, yacía en el suelo, completamente sin conocimiento.

Un hombre entró en la taberna y se llevó el ligero cuerpo de Willard. Tenía las fosas nasales protegidas por sendos algodones y mantenía los labios prietos, a fin de evitar que el aire penetrase en sus pulmones a través de la boca. Había en el suelo unos trocitos de vidrio y los recogió apresuradamente, guardándolos en uno de los bolsillos de su traje.

Luego se acercó al diván y cargó con el inerte cuerpo de Willard. Momentos más tarde, había desaparecido.

CAPÍTULO VIII

El aire frío y húmedo del exterior penetró en la taberna a través de la puerta abierta. Folsom abrió los ojos y lo primero que hizo fue preguntarse por qué estaba tumbado en el suelo.

Unos segundos más tarde, recordó todo lo sucedido. De un salto, se puso en pie. Notaba cierta torpeza mental, pero se daba cuenta de que su cerebro se aclaraba con rapidez.

La puerta estaba abierta, pero, sospechando lo ocurrido, no la cerró, a fin de que el ambiente interior se renovase totalmente. Miró en dirección a la muchacha y la vio apaciblemente dormida en el diván.

Edith continuaba tendida en el suelo, tras el mostrador. Folsom recapacitó unos momentos y no tardó en llegar a una conclusión.

Cassie empezó a dar señales de vida. Folsom corrió hacia ella.

—Despierte, despierte —dijo suavemente.

Ella abrió los ojos.

—Ah, es usted —murmuró.

—Sí. Cassie, ¿me oye bien?

—Perfectamente… Tengo la cabeza embotada…

—Ahora iré a ver si encuentro alguna aspirina —dijo Folsom—. Pero, por favor, sígame la corriente. Diga sí a todo lo que yo hable, ¿estamos?

Aún había aturdimiento en los ojos de la muchacha, pero consiguió mover la cabeza afirmativamente. Folsom se acercó al mostrador y comprobó que el voluminoso pecho de la posadera se movía regularmente. Buscó en los cajones y encontró al fin las aspirinas.

Cassie ingirió dos tabletas, con la ayuda de un vaso de agua, que le llevó el joven.

—¿Qué ha pasado, Bat? —preguntó, poco después.

—Se han llevado el cuerpo de Willard.

—¡Oh!

La voz de Edith sonó en aquel momento:

—Frank, Frank…

—Está llamando a su esposo. Vamos a atenderla —dio él.

Folsom se arrodilló junto a la mujer. Cassie hizo lo mismo, y sostuvo su cabeza en el regazo.

—Vamos, vamos, Edith, no se preocupe. Ha sido un simple desvanecimiento —dijo el joven con voz persuasiva—. Deje pasar unos minutos y se sentirá como nueva.

—No sé qué me ha sucedido… Vi a aquel hombre entrar, volverse viejo.

—¿Qué hombre, Edith? No ha entrado nadie en la taberna, después de que llegamos la señorita Evanston y yo.

Los ojos de Edith expresaron un asombro infinito.

—Pero si yo lo vi… Hablé con él…

—Tranquilícese, Edith. Sin duda se ha desmayado usted, a causa de algún pequeño fallo en su presión arterial. Tiene que ver al médico, ¿comprende?

—Sí, mi esposo hace tiempo que me lo dice… Estoy gorda, pero, sin embargo, tengo la presión muy baja…

—Entonces, eso es lo que le ha pasado, una repentina baja de presión —sonrió Folsom—. Y se arregla muy fácil: con una copita y algo de descanso.

Folsom se incorporó, buscó en el vasar y llenó una copa con un licor que le pareció suave y agradable al gusto. Edith tomó un par de sorbos. Sus redondas mejillas empezaron a colorearse de nuevo.

—He tenido un sueño horrible —dijo—. Un hombre entró y se murió repentinamente de viejo…

—A veces, en los desmayos, se sueñan cosas extrañas —sonrió Folsom—. Conviene tener en cuenta que si el cuerpo permanece inactivo, la mente trabaja siempre, incluso durante el sueño, haciéndonos soñar cosas de las que jamás nos acordaremos.

—Sí, eso debe de ser —murmuró Edith torpemente—. Habíamos estado hablando del doctor Grophius, creo.

—Lo mencionamos de pasada, simplemente. Cassie, ayúdeme a levantar a la señora Albert; será mejor que descanse unos minutos en el diván.

Edith hizo un esfuerzo y, sostenida por los dos jóvenes, fue hasta el diván, en donde se sentó, sonriendo laciamente.

—Son ustedes muy amables —dijo—. Pero ya me encuentro bien.

—Visite al médico, Edith, le conviene —insistió Folsom.

—Sí, mañana mismo diré a mi esposo que me lleve al doctor Hanson —contestó la tabernera. De pronto, soltó una risita—. Si no fuese ya tan madura, se podría achacar mi desmayo a otras causas. Pero ya no estoy en edad de tener hijos —suspiró melancólicamente.

* * *

Media hora más tarde, ya repuesta Edith, Folsom y Cassie volvieron al coche.

—Es usted un tipo muy hábil —dijo ella, apenas el vehículo se hubo puesto en marcha—. Ha vuelto el cerebro de Edith del revés, como si fuese un calcetín.

—No lo crea del todo. Presumo que en el desmayo de Edith ha tenido mucho que ver su baja tensión arterial, pero, naturalmente, también el horror de lo sucedido. Un desmayo es siempre un rechazo de la situación, una negativa de la mente a considerar la realidad; y, por regla general, produce una amnesia transitoria, lo que significa que el paciente, al despertar, tarda más o menos tiempo en recordar los motivos de su desmayo. Todo depende, naturalmente, de la constitución de cada persona.

—Pero también de quien ayuda a la amnesia —dijo Cassie maliciosamente.

—Eso sí es verdad —admitió él—. Creo que nos convenía hacer ver a Edith que todo había sido producto de su imaginación.

—Sin embargo, nosotros vimos morir a Willard.

—Ciertamente.

—Y luego perdimos el sentido…

—Sospecho que alguien lanzó un gas narcótico al interior de la taberna. Ninguno de los tres nos dimos cuenta, pero así tuvo que suceder. Yo me disponía a usar el teléfono, cuando perdí el sentido. Usted estaba en el diván y se durmió allí mismo.

—Sí —murmuró ella—. Bat, ¿quién se llevó el cadáver de Willard? —inquirió, profundamente preocupada.

—¿Barthold? ¿O el hombre que se hace pasar por tal?

Caía una fina llovizna. El ambiente era tristón y desapacible.

De pronto, vieron la gris silueta de la casa sobre el altozano, difuminada por la lluvia y la neblina. Era una visión tétrica, casi de ultratumba.

Pasaron de largo. Minutos más tarde, detenían el coche ante el albergue.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la muchacha.

—Ockhurst, el notario, debe de haber regresado ya —contestó Folsom—. Vamos a ver qué nos dice.

Harry Ockhurst era un hombre joven, rollizo, fuerte, de unos treinta y seis años, simpático y amable. Folsom abordó el tema sin rodeos, aunque también sin declarar del todo lo que sabía ni sus intenciones absolutas.

—De modo que se interesa por el testamento del doctor Grophius —dijo Ockhurst, cuando el joven hubo terminado de hablar.

—Así es. ¿Qué puede decirnos usted al respecto, sin que por ello deba violar el secreto profesional?

—El doctor Grophius otorgó testamento ante mi padre. Dejaba cierta suma de dinero para su mausoleo y encargó que el sobrante fuese a instituciones benéficas de Worleigh. Desgraciadamente, el sobrante fue más bien escaso —sonrió el notario—, aunque, por supuesto, el mausoleo se construyó de acuerdo con las instrucciones del testador.

—Incluyendo las fechas que figuran en el frontis.

Ockhurst sonrió comprensivamente.

—Fue su voluntad —contestó.

—Y se cumplió, claro. Pero ¿qué me dice del sobre que debía abrirse al cumplirse los treinta y cinco años de su muerte?

—Ah, la gente habla mucho, señor Folsom. Grophius fue siempre un hombre misterioso y su asesinato dio mucho que hablar. El ayudante desapareció y siempre se le consideró culpable…

—Eso ya lo sabemos, señor Ockhurst.

—Sí, desde luego. Respecto al sobre que se unió al testamento, yo lo abrí, de acuerdo con la voluntad del difunto, en la fecha señalada.

—¿Qué contenía? —preguntó Cassie.

Ockhurst miró a la muchacha y sonrió.

—Ciertamente, no lo sé. Dentro de ese sobre, había otros siete, cada uno con un nombre y una dirección. Simplemente, yo me he limitado a entregarlos a sus destinatarios. Dos me fueron devueltos por cambio de domicilio y tuve que hacer algunas pesquisas para encontrarles. Por eso he estado ausente algunos días de Worleigh.

—De modo que todos los destinatarios de esas cartas han aparecido, quiero decir que las han recibido.

—Sí —confirmó el notario.

—Tengo que pedirle un favor, señor Ockhurst —dijo Folsom.

—Si puedo complacerle…

—Los nombres y direcciones de los destinatarios de las siete cartas.

El notario dejó de sonreír en el acto.

—No sé si debo…

—Señor Ockhurst, usted no quebranta ninguna regla ni norma legal —exclamó el joven—. Imagino que no está enterado del contenido de esos sobres…

—Por supuesto que no. Estaban sellados y lacrados.

—Bien, pero había unos nombres y direcciones. Sólo le pido que me diga esos nombres y esas direcciones.

—¿Por qué? ¿Qué interés tiene usted en ello, señor Folsom?

—Soy dibujante, pero también escribo los guiones de mis historias gráficas. Estimo que el asesinato del doctor Grophius puede constituir un buen tema para una historia y me interesaría hablar con los, supuestamente, considerados herederos del doctor.

Ockhurst exhaló un suspiro.

—No veo ningún mal en ello —contestó finalmente.

Sacó un libro de registro, arrancó una hoja de papel de un cuaderno y escribió durante unos minutos. Al terminar, entregó la cuartilla a Folsom.

—Ahí lo tiene —dijo.

—Después de las notificaciones, ¿ha tenido usted noticia dé los destinatarios de esas cartas, señor Ockhurst? —preguntó Folsom.

—No, salvo las respuestas de los que las recibieron en el domicilio señalado. Fueron enviadas con acuse de recibo postal, eso es todo.

El joven se puso en pie.

—Le diré una cosa, para que piense un poco —sonrió—. Grophius murió de siete puñaladas.

—Sí, eso es.

—Y ahora, usted ha enviado siete cartas.

Ockhurst frunció el ceño.

—¿Trata de sugerir que esas siete personas asesinaron al doctor? —preguntó.

—Es una posibilidad. Señor Ockhurst, ha sido un placer —se despidió Folsom.

El notario contestó con unas palabras corteses. Folsom y Cassie volvieron a la calle.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó la muchacha.

—Es hora de cenar. Hablando prosaicamente, vamos a llenarnos la tripa.

—¿Y después?

Folsom levantó la vista al cielo un instante.

—No sé por qué, pero presiento que esta noche habrá otra lápida grabada. La cuarta, Cassie, ¿comprende?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Acaba de quitarme el apetito —se quejó.

* * *

Los dos vestían sendos impermeables, con las capuchas caladas. La lluvia era muy fina, pero persistente.

Avanzaban en silencio. La casa del doctor Grophius permanecía a oscuras.

Esta vez, Folsom no quiso entrar. Rodearon el edificio y se acercaron al pequeño camposanto.

De pronto, Folsom agarró el brazo de la muchacha.

—¿Sabe?, me alegro de que devolviese el dinero a Dwoser, Cassie —dijo.

—Fue un impulso irreprimible. Tal vez un exceso de orgullo, pero no podía aceptarlo —contestó ella.

—Hizo bien. Usted está ahora necesitada de dinero, pero no le falta espíritu. Es animosa y saldrá adelante y, dejando de lado el hecho de que Dwoser haya muerto, un día se sentirá aún más orgullosa de haber rechazado aquel ofrecimiento.

—Eso espero, Bat.

La hilera de tumbas quedó a la vista. Folsom recorrió las tres primeras.

—Están ya ocupadas —murmuró.

Luego envió el haz de rayos luminosos sobre la lápida más cercana. Cassie se estremeció al ver que la lápida, lisa veinticuatro horas antes, tenía grabada una inscripción:

ALVIN EDWARD COOLEY
1903-1975

—Usted tenía razón, Bat —murmuró.

Folsom meditó durante unos momentos.

—Hay algo que me llama la atención sobremanera —dijo.

—¿De qué se trata, Bat? —preguntó ella.

—Las edades de las personas cuyos nombres figuran en la lápida. Aproximadamente, todos ellos nacieron a finales del siglo pasado o a principios del presente.

—Salvo Maybelle, que era la más joven —objetó Cassie.

—¿La más joven? —dudó él—. Cuando murió, parecía tener unos sesenta y cinco años.

—Claro, treinta y cinco y veintinueve… ¿No eran ésos los años que usted dijo tenía cuando la conoció? Entonces, suman sesenta y cuatro, Bat, no le dé más vueltas. Mire la edad de Cooley, setenta y dos…

—Y el doctor Grophius murió hace treinta y cinco años. ¿Por qué esas personas, cuya relación con él ignoramos, tienen que morir ahora? ¿Fueron realmente sus asesinos?

—Barthold lo dijo así —recordó Cassie.

—Barthold les dijo la verdad —sonó de pronto una voz de ultratumba.

CAPÍTULO IX

Cassie lanzó un grito de terror y se agarró con ambas manos al brazo de Folsom. El joven enfocó su linterna hacia el mausoleo, que era de donde había brotado la voz.

Lo mismo que la muchacha, sintió un escalofrío. Las dos hojas de madera de la puerta interior acababan de abrirse. Bajo el dintel se veía la elevada figura de un hombre, a quien habían visto días antes en la taberna de los Albert.

Detrás del individuo había un ligero resplandor amarillento, que permitía contemplar el interior del mausoleo. Folsom divisó un túmulo de mármol rojizo, casi negro, sobre el cual había un enorme ataúd de madera, con herrajes de brillante metal.

La tapa del ataúd giraba sobre unas bisagras y estaba levantada. El interior del féretro estaba acolchado en raso rojo, casi púrpura.

Folsom tragó saliva.

—¿E… es usted el doctor Grophius? —preguntó.

—Ése es mi nombre —contestó el interpelado.

—No… nosotros no queremos hacerle ningún daño. Sólo sentimos curiosidad… por saber lo que pasó aquí…

Una extraña sonrisa apareció en la casi descarnada faz del individuo.

—Les interesa saber mi historia, ¿no es cierto? —preguntó.

—Sí. Permítame, doctor. Yo soy Bat Folsom. Ella es Cassie Evanston.

—Jóvenes y llenos de vida —suspiró Grophius—. También hubo un tiempo en que yo era un hombre joven, rebosante de salud, pletórico de esperanzas… Pero los años no pasan en balde, muchachos.

—Usted nació en mil ochocientos diez —dijo Folsom.

—Así es.

—Murió cuando tenía ciento treinta años —intervino Cassie.

—Justamente, muchacha.

—Por tanto, ahora tiene ciento sesenta y cinco años.

—En efecto.

—¿Cómo ha podido vivir tanto tiempo? Pero, sobre todo, ¿cómo se puede conservar con la apariencia de un hombre de unos cincuenta y cinco o sesenta años?

Grophius volvió a sonreír.

—Ése es mi secreto, como pueden comprender —respondió.

—Hemos visto morir a tres personas. Seguramente, una cuarta va a morir también. ¿Por qué se venga de ellos, doctor? —preguntó Cassie.

—Es bien sencillo. Ellos me mataron. Ha llegado la hora de mi venganza.

—¿Era preciso que aguardase treinta y cinco años para castigar aquel crimen? —inquirió Folsom.

—Tenía motivos para ello. Y, la verdad, el tiempo no corre para mí.

—Oiga, no irá a decirme que es inmortal.

Grophius sonrió desdeñosamente.

—¿Qué saben ustedes acerca de los poderes que un hombre puede conseguir con el estudio y el trabajo científico? —contestó—. Pero creo que ya he hablado bastante. Por favor, váyanse de mi propiedad.

De pronto, impulsivamente, Cassie dio un paso hacia adelante.

—Doctor, yo no creo… Bueno, lo que quiero decir es que no creo que sea usted el doctor Grophius —exclamó.

—¿Me cree un impostor?

—Discúlpeme, pero eso es lo que pienso —respondió ella audazmenteˆ.

—Mujer incrédula… ¡Aguarde un momento y verá! —dijo Grophius con voz potente.

Sus manos se movieron con rapidez. Desabrocharon la chaqueta y el chaleco y dejaron la camisa al descubierto. Grophius rasgó la tela de un tirón y dejó su pecho desnudo a la vista.

Cassie lanzó un grito y retrocedió aterrada. Folsom creyó soñar.

Había siete pequeñas hendiduras en el pecho de aquel hombre, siete grietas abiertas en el centro, a la altura del corazón, debidas a

la acción de un afilado puñal, de hoja muy estrecha.

—Cada uno de aquellos miserables asestó su golpe —declaró Grophius—. Yo les di lo que deseaban y me pagaron con una puñalada. Bien, ha llegado la hora de mi venganza y nada ni nadie lo impedirán.

—Avisaremos a la policía…

Grophius dejó escapar una tableteante carcajada.

—¿Qué pueden los humanos contra ciertas fuerzas sobrenaturales? —exclamó, burlón—. Mis asesinos morirán. La sentencia ya está dictada.

De repente se oyeron unos pasos en las inmediaciones.

—El señor desea pasear, sin duda —sonó la voz de Barthold.

—Sí, en efecto, pero antes acompaña a esta pareja Haz que se marchen.

—Sí, señor.

—Por lo visto, la advertencia que les hice no ha causado ningún efecto en su ánimo —dijo Grophius—. Ustedes me son simpáticos, pero podría variar de opinión. No vuelvan.

—Vamos —dijo Barthold.

Folsom miró a la muchacha e hizo un gesto de asentimiento. El criado tenía una pistola en la mano. No convenía resistir a semejante amenaza.

—Adiós, doctor —dijo el joven.

—Adiós —contestó Grophius secamente.

—Perdón, señor —habló Barthold—. Olvidé preguntarle por la calefacción de su tumba. ¿Funciona correctamente?

—Sí, Barthold, ahora mi tumba ya no es una estancia fría y helada. Gracias por tus desvelos.

—Es mi obligación, señor.

Folsom y la muchacha creían soñar. Allí estaban junto a dos hombres, uno de los cuales había sido asesinado hacía treinta y cinco años…

Profundamente impresionados, guardaron silencio hasta llegar al automóvil, escoltados por Barthold.

—Ya han oído al doctor —dijo el sujeto—. No vuelvan nunca más a Elms Peak.

—Barthold, usted es cómplice de unos crímenes…

—Ayudo al doctor a hacer justicia —respondió el criado

fríamente.

Folsom asintió. No quería discutir más con un hombre armado con una pistola.

Entró en el coche. Cassie se acomodó a su lado. Momentos después, se dirigían hacia el empalme con la carretera de Worleigh.

Pero Folsom paró el coche antes de recorrer siquiera un kilómetro. Ella le miró sorprendida.

—¿Qué vas a hacer? —le tuteó, inconsciente.

—Quiero comprobar una cosa —respondió él.

Abrió la portezuela y salió fuera. Cassie, perpleja, le siguió.

Folsom levantó la mano al cielo.

—Está aclarando —dijo escuetamente.

Cassie creyó entender. Folsom, sin más, echó a andar.

Las nubes se deshacían con cierta rapidez. Cassie se dio cuenta de que llegarían a Elms Peak por retaguardia. El mausoleo y las tumbas estaban entre ellos y el caserón.

De repente, la luna asomó brillantísima entre un rasgón de las nubes. Folsom y Cassie vieron una figura humana que se paseaba lentamente en el espacio llano que había delante del mausoleo.

Folsom hizo que la muchacha se agachara detrás de un arbusto. Así, escondidos, contemplaron al paseante durante largo rato.

Al cabo de unos minutos, vieron la silueta de Barthold.

—Señor —oyeron al criado.

—Dime, Barthold.

—Creo que ya ha paseado bastante. Con todos los respetos, sugiero al señor se retire a descansar.

—Sí, Barthold, tienes razón.

Grophius giró en redondo. La luz de la luna cayó sobre su rostro. A Folsom le pareció el de una calavera, que remataba un esqueleto vestido con ropas un tanto holgadas y ya pasadas de moda.

Las puertas del mausoleo chirriaron levemente. Segundos más tarde, oyeron de nuevo al criado.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Barthold.

Folsom se pellizcó con fuerza.

—No, no estoy soñando —murmuró.

* * *

A la mañana siguiente, se reunieron en el comedor del albergue.

Cassie estaba ojerosa.

—Apenas he dormido —confesó.

—Te creo. A mí me ha pasado algo por el estilo.

—Bat, Grophius lo dijo bien claro. Piensa matar a los cuatro que quedan vivos. Cooley es el siguiente en la lista. ¿No podemos hacer algo para evitarlo?

—Si te refieres a avisar a la policía, dudo mucho de que nos hicieran caso. Puede que antes de acabar de relatar la historia, nos pusieran una camisa de fuerza.

—Tal vez —admitió ella—. Pero si encontrasen tres cadáveres en el cementerio…

—No sabemos si están allí. Hemos visto sus nombres grabados en las losas, pero eso es todo. Sin embargo, tenemos una posibilidad de actuar.

—¿Cuál, Bat?

—El siguiente es Cooley. Y yo tengo su nombre y dirección. Y también el teléfono.

—¡Puedes hablar con él desde aquí! —exclamó ella vivamente.

—Eso es lo que pensaba hacer. Anda, cómete esa tostada. Apuestoˆ que has perdido un par de kilos en estos días —sonrió Folsom.

—No te extrañe —admitió Cassie—. Bat, ¿de veras estuvimos hablando con un muerto-vivo?

Cassie había bajado la voz instintivamente. Folsom meneó la cabeza.

—No lo sé. Tú le llamaste impostor, pero, como respuesta, él enseñó las señales de las cuchilladas. Y a mí me parecieron frescas y todavía sangrantes, aunque sin hemorragia aparatosa.

—Eso no puede ser. Han pasado treinta y cinco años, Bat.

—Sí, sí, lo sé, pero recuerda también lo que dijo Grophius. Hay fuerzas sobrenaturales, contra las cuales los simples humanos no pueden luchar.

—Bat, si Grophius se ha mantenido con vida, después de habérsele dado por muerto, ¿no se deberá a los misteriosos experimentos que realizaba en su laboratorio y de los cuales no sabemos nada?

—Es probable. Pero, mira, yo creo que Cooley puede darnos

muchos detalles…

—Si quiere cooperar —le interrumpió ella.

—Esperemos que se muestre con ese ánimo —dijo Folsom.

Apenas terminó el desayuno, se puso en pie.

—Aguárdame aquí —indicó.

Había una cabina en uno de los ángulos del vestíbulo donde se hallaba la recepción. Folsom entró, descolgó el teléfono y pidió comunicación con la central telefónica de la localidad donde residía Cooley.

La telefonista le preguntó si quería el teléfono particular o el de su oficina. Folsom calculó que a aquellas horas, Cooley estaría trabajando y pidió comunicación con la oficina.

Transcurrieron unos minutos. Al fin, Folsom escuchó una voz áspera y autoritaria:

—La telefonista me ha dicho que un tal señor Folsom quiere hablar conmigo. Si es usted Folsom, abrevie, por favor, tengo prisa, he de salir de viaje inmediatamente.

—¿Tal vez a un lugar llamado Elms Peak, a unos cuatro kilómetros de Worleigh?

Un profundo silencio siguió a las palabras del joven. De pronto, Folsom oyó:

—No tengo nada más que hablar.

Sonó un «click». La telefonista indicó a Folsom el importe de la llamada y éste depositó las monedas en el cajetín correspondiente.

Tras unos segundos de indecisión, Folsom regresó junto a la muchacha.

—Cooley va a venir a Elms Peak —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cassie.

—Estaba de un humor de perros… —Folsom relató el breve diálogo sostenido con Cooley y añadió—: Si tenía que salir de viaje, parece lógico que se dirija a Elms Peak. Se lo indiqué y contestó que no tenía nada más que añadir.

Cassie miró su reloj de pulsera.

—Son las once de la mañana —dijo—. No creo que Cooley llegue a Elms Peak antes de que se haga de noche, esto es, a las seis de la tarde o más.

—¿Por qué?

—Si tú fueses Cooley, ¿vendrías de día?

—Es cierto —admitió él—. Me gustaría prevenirle del peligro que corre, pero mucho me temo que no hará caso de mis consejos.

—Se me ocurre una idea —exclamó Cassie de pronto—. ¿Por qué no hablas con otro de los supuestos asesinos? Quizá encontremos a alguna persona más comprensiva… Tú tienes la lista, ¿verdad?

—Sí. —Folsom sacó el papel del bolsillo—. El siguiente es una mujer, Lizzy Clarence, y vive en Charmdon Springs, a sólo ciento treinta kilómetros de Worleigh.

—Podríamos ir a visitarla inmediatamente…

De pronto, Harry Ockhurst se acercó a la pareja.

—Perdonen —dijo sonriendo—. Temo que se ha producido una confusión.

—¿Cómo? —exclamó el joven.

—Hubo un error en la lista de personas que le di a usted, señor Folsom —manifestó el notario—. Hace unos momentos, he repasado el libro donde anoto mis comunicaciones oficiales y he podido darme cuenta de que la vista me jugó una mala pasada. Es decir, al copiar los nombres y direcciones de las siete personas implicadas en el testamento del doctor Grophius, me salté una línea.

Folsom sonrió.

—A veces pasa eso —dijo—. ¿Tiene usted el nombre de la persona?

—Sí, desde luego.

El joven le entregó la lista. Ockhurst sacó un papel de su bolsillo y, después de consultarlo rápidamente, tachó el último nombre y escribió otro, agregando la dirección acto seguido.

—Eso es todo, señor Folsom —dijo al terminar—. Le ruego disculpe una confusión absolutamente involuntaria.

—Al contrario, la señorita Evanston y yo le damos las gracias, señor Ockhurst.

El notario se marchó. Folsom guardó la nota en el bolsillo.

—¿Quién es el último heredero? —preguntó Cassie, notablemente intrigada.

—Una mujer —contestó él—. Pero creo que nos convendría ir a ver a la señora Clarence cuanto antes. En un par de horas podemos estar en Charmdon Springs y volver antes de que sea de noche.

—Muy bien, no perdamos más tiempo —exclamó Cassie,

resuelta.

Minutos después, emprendían la marcha. Una vez en la carretera, Folsom aceleró hasta alcanzar la velocidad máxima permitida. Con el rabillo del ojo, miró a la muchacha.

Cassie aparentaba unos veinticuatro o veinticinco años. Su aspecto era espléndido, lleno de juvenil vitalidad. ¿Cómo podía una mujer tener semejante apariencia a los sesenta años?, se preguntó.

Porque el nombre que Ockhurst había escrito en el papel era, precisamente, el de Cassie Evanston.

CAPÍTULO X

—Cassie —dijo él, después de un rato de silencio—, todavía no sé nada de ti. ¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?

Ella sonrió amargamente.

—Soy una más de los miles de oficinistas que atestan Nueva York —contestó—. Hubo un tiempo en que nuestra posición económica fue muy buena, incluso brillante, pero hace algunos años las cosas empezaron a rodar mal y quedamos en la ruina. Papá no lo pudo soportar y murió. Mi madre murió también, hace unos cuatro meses.

—Lo siento de veras, Cassie.

—Ya hacía un par de años que yo trabajaba. Entonces conocí a Raine. Tenía un magnífico, empleo en una importante empresa. Luego ascendió mucho, pero se dio cuenta de que yo sería poca cosa para él.

—Seguro que se iba a casar con la hija del jefe.

—Sí. La verdad es que había sabido levantar la empresa y conferirle una singular prosperidad. Es preciso ser realista: Dwoser picaba alto y no podía casarse con una simple mecanógrafa.

—¿Lo sientes, Cassie?

—Estoy decepcionada, simplemente. Hacía tiempo ya que empezaba a notar síntomas de desvío en Raine. No soy tonta y me figuré lo que iba a suceder.

—Me gustó el arranque que tuviste al devolverle el dinero. No lo lamentes, Cassie.

Ella volvió la cabeza y le dirigió una cálida sonrisa. Folsom calló.

En su mente se alborotaban numerosas preguntas. Todas ellas le parecían de difícil respuesta.

¿Acaso Grophius no había sabido reconocer a Cassie? Según

todos los indicios, Cassie había formado parte del grupo de personas que habían asesinado a aquel fantástico doctor. Y si era así, su edad rondaba ahora los sesenta años.

¿Cuándo se convertiría en una vieja? ¿Pasaría por el mismo rápido trance de transformación senil que Maybelle, Dwoser y Willard?

—Una pregunta, Cassie, la última —dijo de pronto.

—Sí, Bat, lo que quieras.

—¿Cuánto tiempo hace que conocías a Dwoser?

—Oh, unos tres años. En un principio, creí que sería otra clase de hombre, pero me equivoqué.

Cassie apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Folsom tenía la vista fija en la carretera, que se deslizaba con rapidez a ambos lados del coche.

Treinta _y cinco años antes, Raine Dwoser y Cassie, con cinco personas más, habían asesinado a un hombre. Cada uno de los siete asesinos había asestado su correspondiente puñalada al doctor Grophius. ¿Por qué lo había callado Cassie?

Pero, sobre todo, ¿qué droga milagrosa había ingerido la mujer que tenía al lado que la hacía aparentar tan esplendorosamente joven?

Dos horas después de la partida, Folsom detuvo el coche frente a la casa donde vivía Lizzy Clarence. Se preguntó qué reacción habría entre las dos mujeres al reconocerse, después de treinta y cinco años de separación.

La casa era elegante y estaba rodeada de un jardín de agradable contemplación. Folsom y la muchacha atravesaron la_ pequeña valla que la rodeaba y alcanzaron un pequeño pórtico. Después de tirar de la cadenita de llamada, esperaron unos momentos.

Una mujer de edad, vestida de negro, con cuello y puños blancos, bastante atractiva todavía, abrió a los pocos momentos.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Soy Bat Folsom. Ella es la señorita Evanston. Ambos deseamos ver a la señora Clarence.

—La señora está delicada y no sé si podrá recibirles…

—Por favor, dígale que venimos de Elms Peak. Ella lo entenderá, señora…

—Burtlett, Amy Burtlett. Soy el ama de llaves de la señora

Clarence.

—Mil gracias, señora Burtlett. Dígale solamente Elms Peak.

—Está bien, pasen, por favor.

Folsom y Cassie entraron en un vestíbulo de forma semicircular, pintado en blanco y oro. Los muebles formaban un atractivo conjunto con el resto de la decoración, si bien el tapizado era de raso oro viejo.

El ama de llaves se alejó, para volver minutos después.

—Tengan la bondad de seguirme —dijo—. La señora accede a recibirles, pero les ruega sean breves.

—Mil gracias, señora Burtlett.

Había una escalera en medio caracol que conducía al piso superior. Amy abrió una puerta y se quedó a un lado.

Llenos de asombro, Folsom y la muchacha penetraron en una habitación que estaba casi completamente a oscuras. Sólo al cabo de unos momentos, cuando sus retinas se acostumbraron a la falta de luz, divisaron una forma humana tendida en un lecho, con numerosos almohadones en la espalda. Las facciones de la mujer estaban casi ocultas por unas enormes gafas de color.

—Soy Lizzy Clarence —dijo la dueña de la casa con voz muy débil—. Por favor, no estén mucho tiempo. Me siento muy enferma.

—Lo sentimos tantísimo, señora —dijo el joven, quien, a continuación, hizo las presentaciones—. Procuraremos ser breves —añadió—; pero tenemos un enorme interés en que nos hable usted del doctor Grophius.

—¡El doctor Grophius! —Repitió Lizzy—. ¿Por qué he de hablarles de ese hombre que murió hace treinta y cinco años?

—De siete puñaladas, si no nos han engañado, señora Clarence.

—Yo no lo hice. Juro que no toqué al doctor Grophius —exclamó la enferma con singular vehemencia.

—Hace poco, sin embargo, recibió usted una carta suya —dijo Folsom.

—Es cierto pero va hace casi seis meses. Me la envió el notario de Worleigh.

—¿Y…?

—Lo siento, pero lo que dice esa carta es asunto, exclusivamente mío —declaró Lizzy, tajante.

—Lamento discrepar de usted, señora; pero creo que pensaría de

distinto modo si supiera que en Elms Peak han muerto ya tres personas y que otra, por lo menos, está a punto de morir. Los muertos son Maybelle Stinnes, Raine Dwoser y Clinton Willard. El que está a punto de morir es Alvin Cooley.

—Eso no puede ser…

—Es cierto, señora Clarence —terció Cassie.

La cara de la enferma se volvió un momento hacia la muchacha.

—Me parece conocerte —dijo.

—Nunca nos hemos visto antes de ahora, señora —afirmó Cassie.

—Quizá esté equivocada…, pero no me encuentro bien. Por favor, déjenme, déjenme…

—Señora Clarence —dijo Folsom con firme acento—, creo que se sentiría usted mucho mejor si confesara todo lo que sucedió en Elms Peak hace treinta y cinco años. Aunque usted tomase parte en el asesinato del doctor Grophius, el tiempo que ha pasado es sobrado para la prescripción de su delito. No es que yo sea abogado, pero eso que he dicho es algo que todo el mundo sabe. O, por lo menos, casi todo el mundo.

—No, no quiero hablar…

—Señora Clarence, ¿en qué año nació usted?

—¡Váyanse, váyanse! —chilló la mujer frenéticamente.

—No quiere hablar —murmuró Cassie, a la vez que tiraba de la manga del traje de Folsom—. Será mejor que nos marchemos…

—Espera un momento, por favor.

Los ojos de Folsom se habían habituado ya a la casi oscuridad que reinaba en la habitación, pero, a pesar de todo, no podía captar los detalles con la claridad que le interesaba. De súbito, dio media vuelta, llegó hasta la puerta y apretó el interruptor de la luz.

La lámpara del techo se encendió bruscamente, derramando una intensa claridad sobre la estancia. Lizzy lanzó un penetrante grito de cólera:

—¡Apague esa luz! ¡Pronto, pronto!

—Hable, señora —exigió el joven, inflexible.

La mujer que estaba recostada en el lecho parecía joven y hermosa, aunque ya algo madura. Por debajo de sus lentes negros empezaron a deslizarse gruesas lágrimas.

—Es cierto —gimió—. Los otros y yo acordamos matar a

Grophius… Era un ser detestable, terriblemente engreído, insoportable… Pero no llegamos a consumar el crimen. Por lo menos, yo no estaba presente en el momento de su muerte, lo juro.

—¿Se marchó antes de Elms Peak?

—Sí. Todos nos marchamos. Pero si los otros volvieron, yo no tengo la culpa… Francamente, no estaba muy decidida1 a tomar parte en aquella monstruosa conspiración, aunque Grophius merecía morir mil veces. Era un hombre demoníaco…

—¿Había hecho un pacto con el diablo? —Folsom no creía en determinadas leyendas, pero era preciso tener en cuenta que otros sí podían abrigar tales creencias.

—Oh, no, ¿por qué iba a establecer semejante pacto? Lo que sucede es que era un científico de primera clase, un hombre con una inteligencia incalculable, pero también, como digo, espantosamente orgulloso y de un carácter absolutamente insufrible.

—Bien, en eso estamos de acuerdo y todos los informes coinciden. Pero ¿por qué quisieron matarle?

Lizzy vaciló.

—El doctor Grophius… dijo que nos haría eternamente jóvenes… Ya teníamos pruebas de ello, pero nos exigió…

—¿Qué les exigió?

—Una sumisión absoluta, una obediencia total a sus órdenes… y toda nuestra fortuna. Le habíamos dado ya mucho dinero, nunca estaba satisfecho y siempre pedía más, más… Sus experimentos habían dado un resultado altamente satisfactorio. Incluso se había dejado decir que continuaríamos con el aspecto que entonces teníamos durante muchísimos años…

—Tengo entendido que Grophius dijo, antes de morir, que un día volvería de la tumba para vengarse de sus asesinos.

—Eso es lo que se dice… Yo no puedo asegurar nada…

—Por favor, señora Clarence, ¿quiere decirnos cuál es el contenido de la carta que le envió el notario de Worleigh?

Lizzy vaciló un momento.

—Está firmada por Grophius… Me pide que vaya allí, a Elms Peak, para comprobar el resultado de sus trabajos, al cabo de treinta y cinco años. Añade que me devolverá una importante parte del dinero que le di entonces y… ¡Pero yo no quiero ir! El dinero ya

no me importa nada. La vida es lo que me importa… ¡y estoy muriéndome!

Cassie se espantó.

—¿Cómo puede decir eso, señora? —preguntó.

De pronto, Lizzy, con gesto repentino, se quitó las gafas de color.

—Apenas veo ya más que sombras —contestó—. Hace dos días, tenía una vista absolutamente normal. De repente, los ojos empezaron a fallarme… y las fuerzas físicas también. Aún conservo mi figura…, pero tengo ya ochenta años… En estos dos días, han transcurrido de golpe para mí treinta y cinco años… Es horrible, horrible; voy a morir y no puedo hacer nada por evitarlo…

—Llamaremos al médico, señora —dijo Cassie, sintiendo una enorme compasión por aquella infeliz mujer.

—No, no hagan nada; lo mío ya no tiene remedio…

—Pero hay algo que no comprendo, señora Clarence —dijo Folsom—. Hace dos días usted se sentía absolutamente normal y, de súbito, ha empezado a decaer físicamente. ¿Por qué? ¿Acaso alguien le ha propinado, sin usted saberlo, alguna especie de droga anuladora de la que les dio Grophius hace treinta y cinco años?

—No… nadie me ha envenenado… ¿Quién iba a hacerlo?

Folsom se acercó a la cama y puso los lentes de color sobre los dañados ojos de Lizzy. Costaba mucho creer que aquella que era todavía una hermosa mujer, tuviera más de ochenta años. Pero, en cualquier momento, inexorablemente, Lizzy tomaría el verdadero aspecto correspondiente a su edad.

—Señora Clarence, usted dijo que recibió la carta de Grophius, pero que no ha querido ir a Elms Peak —dijo—. ¿A quién se lo ha dicho?

—Escribí una carta al notario de Worleigh, diciéndole que no tenía el menor interés en acudir a Elms Peak. Eso es todo.

—Sí, desde luego, aunque, en mi opinión, señora, falta una cosa. ¿Conoció usted al ayudante del doctor, Tom Dickinson?

—Sí. —Lizzy suspiró—. Era un joven muy guapo, terriblemente simpático, muy atractivo… pero tenía diez años menos que yo. Lástima que se produjera aquella horrible tragedia…

Cassie tiró de la manga del traje de Folsom.

—Vámonos, Bat; la señora Clarence se siente cansada —dijo.

—Espera un momento, por favor —pidió él—. Señora, ¿cree

usted que Dickinson pudo ser el asesino de Grophius?

—Quizá, aunque yo me inclino más por creer que, en un arrebato, le habría dado algunos golpes, nunca siete puñaladas.

—Mil gracias, señora, ya no la queremos molestar más.

—Ha sido usted muy amable, señora Clarence —añadió Cassie.

Abandonaron el dormitorio. Cuando se asomaban al arranque de la escalera, vieron a la señora Burtlett que cruzaba rápidamente el vestíbulo, con un maletín en la mano.

—Eh, ¿adónde va usted? —gritó Folsom, presintiendo algo extraño en la actitud del ama de llaves.

Amy Burtlett se volvió un instante y lanzó una mirada de rabia contra los dos jóvenes. Luego, de pronto, antes de que Folsom y Cassie pudieran reaccionar, abrió la puerta de la calle y salió a todo correr.

Folsom descendió la escalera a saltos. Cuando se asomó a la puerta, vio un coche parado junto a la acera, al otro lado del jardín. Pero ya no pudo hacer nada, porque el automóvil arrancó rugiendo y se perdió de vista segundos más tarde.

—Un extraño comportamiento, ¿no te parece? —comentó Cassie.

Folsom reflexionó unos momentos y luego, de pronto, arrancó de nuevo escaleras arriba. Entró en el dormir torio y se acercó al lecho.

—Lizzy —llamó.

Ella volvió hacia él la cabeza.

—¿Sí?

—Amy Burtlett ha escapado de la casa —dijo—. ¿Era de veras su ama de llaves?

—Oh no, se trataba de una interina. Mi verdadera ama de llaves, Nancy Grover, vendrá hoy o mañana. Ha estado dos meses ausente, debido a tener que curar una afección al hígado muy pertinaz. El médico la envió a una estación balnearia... ¿Dice que Amy ha escapado de casa? Extraño, ¿no?

—Quizá no tanto, si pensamos en que ella ha podido administrarle la pócima que anuló los efectos de la que Grophius le dio a usted hace treinta y cinco años.

—¡Pero eso sería un asesinato! —gritó Lizzy con voz convulsa.

—Sí, exactamente.

Lizzy apretó los labios.

—Siempre me pareció una mujer de carácter falaz y engañoso. El otro día mismo, cuándo me hirió inadvertidamente con aquel trozo de vidrio…

—¿Cómo dice? —exclamó Folsom.

—Sí, se rompió un vaso y las dos fuimos a recoger instintivamente los fragmentos de vidrio. Ella, entonces, me hirió en el brazo izquierdo, al hacer un movimiento falso…

El joven tomó la mano de Lizzy y levantó la manga de encajes que cubría el brazo casi hasta la mano. Un poco más arriba de la muñeca pudo ver un par de anchas tiras de tafetán adhesivo, que sujetaban una gasa sobre la carne.

—¿Cuándo ocurrió eso, señora Clarence? —preguntó.

—Hace tres días. Al siguiente, yo sentí perder la vista…

Folsom cambió una mirada con la muchacha. Aquella herida, pensó él, había sido el pretexto que le había servido a la señora Burtlett para provocar la súbita senilidad de Lizzy.

De pronto, sonó una voz en el piso bajo:

—¡Señora! ¡Señora Clarence!

—Es Nancy, el ama de llaves. Ya vuelve… —dijo Lizzy.

Folsom hizo un gesto con la cabeza a la muchacha. Cassie entendió y salió del dormitorio.

De pronto, Lizzy levantó un brazo.

—Dame la mano, muchacho —pidió con voz muy débil.

Folsom obedeció. Una leve sonrisa se formó en los labios de la mujer.

—Estoy muriéndome —dijo—. En cierto modo, no me importa… He sido joven y bella durante toda mi vida… El tratamiento de Grophius me hizo retroceder veinte años y he tenido ese aspecto casi hasta hoy…

La voz de Lizzy se convirtió en un murmullo ininteligible. Folsom vio que la mano que reposaba en la suya empezaba a arrugarse.

Aquella mano perdió el calor de la vida casi súbitamente. Cassie entró en la habitación.

—He hablado con Nancy y… ¡Bat! —exclamó de pronto—. ¿Ya ha…?

—Sí, ya ha muerto —confirmó él.

Sobrevino una pausa de silencio… Luego, Cassie dijo:

—En Elms Peak hay una tumba que no será ocupada. Si Grophius sale de la suya para vengarse, en ese aspecto, al menos, no habrá conseguido sus deseos.

—Ellos no le mataron —contestó Folsom, mientras contemplaba el rostro increíblemente viejo de Lizzy—. Estoy segura de que ella me dijo la verdad.

—Pero, entonces, ¿quién mató al doctor?

—Eso es lo que hemos de averiguar, volviendo a Elms Peak, en cuanto nos sea posible.

—Cooley habrá muerto ya cuando lleguemos…

—Si le ocurre algo, no me sentiré culpable en absoluto —contestó Folsom con firme acento.

CAPÍTULO XI

Cuarenta y ocho horas más tarde, el coche, muy temprano, rodaba velozmente en dirección a Worleigh. Folsom tenía constantemente una pregunta en la punta de la lengua, pero no se atrevía a formularla. Ya llegaría el momento, se dijo. La muerte de Lizzy había demorado inexorablemente su regreso.

Hacia las diez de la mañana, llegaron a Worleigh. Inmediatamente, fueron a la casa del notario.

Ockhurst le recibió amablemente. Después de los primeros saludos, Folsom fue directamente al grano con una pregunta:

—Usted envió su carta, es decir, la carta que Grophius había dejado escrita, a la señora Clarence. ¿Qué le respondió ella?

—Simplemente, que no tenía ningún interés en volver más a Elms Peak. Yo me limité a anotar el hecho, eso es todo —respondió Ockhurst.

—¿Vio alguna vez a la señora Clarence? ¿La conocía personalmente?

—No, desde luego.

—Señor Ockhurst, yo no quisiera dudar de su honestidad profesional, pero tengo la sensación de que ciertas noticias sobre el particular han recibido más publicidad de la que sería de desear. ¿Qué me contesta usted a este respecto?

—Bueno… a decir verdad, aquí, en Worleigh, hay algunos que recuerdan todavía la muerte del doctor Grophius. Se sabe que dejó un sobre para ser abierto a los treinta y cinco años…

—¿Ha visto usted a Tom Dickinson?

Ockhurst acusó el golpe.

Sin embargo, guardó silencio.

—Lo ha visto —sonrió Folsom—. ¿Cuándo?

—Hará algunas semanas… Vino a verme, debe de estar muy

cambiado con respecto a cómo era hace treinta y cinco años… Pero es preciso comprender que ha pasado mucho tiempo…

—¿De qué hablaron?

—Perdón, pero eso es algo que no puedo revelar. Dickinson es mi cliente, compréndalo. Además, aunque asesinara al doctor, su delito ha prescrito ya holgadamente.

—Sí, eso es lo que yo pienso. ¿Dónde está Dickinson ahora?

—No lo sé…

—O no quiere decirlo. Bien, es lo mismo. No conteste a mis preguntas, aunque es muy probable que la policía sí le obligue a contestarlas.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada malo, señor Folsom.

—Quizá algunos piensen de otro modo. En Elms Peak se han cometido varios crímenes…

—Si cree que soy culpable, ¿por qué no va a ver al comisario de Worleigh, señor Folsom?

—Tal vez sea una buena idea —convino el joven—. Anda, vámonos ya, Cassie.

Folsom y la muchacha abandonaron el despacho. Pero, apenas habían salido, él dijo:

—Aguarda un momento, se me ha olvidado hacerle una pregunta a Ockhurst.

Entró en la oficina de nuevo, pero salió a los pocos momentos. Cassie le miró inquisitivamente.

—¿Y ahora? —dijo.

—Vamos a La Foca Retozona.

Edith Albert les recibió con ciertas reservas. Folsom no dejó de notar el cambio de actitud de la mujer, tan amable y servicial días antes.

—Nos gustaría hablar con usted, Edith —manifestó el joven.

—Perdonen, pero tengo trabajo…

—No importa, esperaremos. Sírvanos café mientras tanto, por favor.

Folsom y la muchacha se sentaron junto al fuego. Edith sirvió el café. Cassie observó que la mujer parecía bastante alterada.

—Edith, ¿ha vuelto por aquí el doctor Grophius? —preguntó el joven de repente.

La tabernera se sobresaltó.

—No, no ha vuelto más… Está en su horrible panteón con calefacción… Pero matará a sus asesinos…

—¿Qué le hace pensar que Grophius cumplirá su palabra?

Pero la tabernera no contestó, sino que se marchó precipitadamente, en forma tal que más parecía una huida.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —preguntó Cassie, extrañada.

Folsom removió con la cucharilla el azúcar de su taza.

—No lo sé a ciencia cierta, aunque sí puedo predecir una cosa: sabe mucho más de lo que aparenta —contestó.

—Bien, y en ese caso, ¿qué haremos?

—Esperar. Mientras no se haga de noche, no podemos hacer nada.

—Presiento que quiere esperar a los dos que faltan. Cooley, es de presumir, ha muerto y ocupa ya su sitio en el cementerio de Elms Peak. Pero todavía quedan dos… Por cierto, aún no conozco los nombres de los dos que faltan.

—Hombre y mujer —contestó él escuetamente.

—¿Conoces sus nombres?

—Sí.

Cassie frunció el ceño.

—No eres muy explícito, Bat —se quejó.

—Perdona, estaba distraído… No tiene importancia, Cassie —dijo él, con una sonrisa.

—La verdad, no soy demasiado curiosa, pero me gustaría saber si los dos que faltan van a acudir a la cita que les dio el doctor Grophius.

—Yo creo que sí, Cassie.

—¿Iremos nosotros?

—Por supuesto.

—A la noche, supongo.

—Exactamente.

Ella miró su reloj de pulsera.

—Faltan algunas horas —dijo.

—No tenemos prisa.

Folsom se repantigó en el diván, cruzó las manos sobre el estómago y cerró los ojos. Cassie se dio cuenta de que el joven fingía dormir, pero lo que hacía en realidad era meditar sobre los enigmas de aquel caso que no habían sido resueltos todavía. De

pronto, tuvo la sensación de que Folsom se había embarcado en un juego muy difícil, pero que, a pesar de todo, guardaba un as en la manga.

Transcurrió un buen rato. La puerta de la taberna se abrió y un hombre entró en el local. Folsom oyó el ruido y se incorporó parcialmente.

—Hola, señor Albert —sonrió.

El esposo de Edith les miró hoscamente.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó con una notoria falta de amabilidad.

—Salta a la vista —contestó Folsom—. Somos unos clientes…

—Estorban —dijo Albert secamente—. Váyanse.

Cassie respingó. ¿Por qué se mostraba el tabernero tan descortés?

—Nos iremos, desde luego —accedió el joven—. Pero antes me gustaría hacerles algunas preguntas…

—No tengo nada que contestar. ¡Fuera!

Cassie se puso en pie.

—Bat, será mejor que nos marchemos —dijo—. El señor Albert no se siente demasiado inclinado a darnos informes.

—Ninguno, usted lo ha dicho justamente, señorita —corroboró Albert.

Folsom se dio cuenta de que el tabernero estaba terriblemente excitado. Casi creía comprender los motivos.

—Señor Albert, me gustaría saber qué es lo que vio usted la noche en que murió el doctor Grophius —dijo.

—¡Yo no vi nada…!

—Entonces, usted tenía unos veinticinco años, pero su capacidad de trabajo era poco menos que nula. No obstante, en algunas ocasiones ayudaba al viejo Reilly a limpiar de malas hierbas el jardín de Elms Peak, El propio Reilly me lo dijo, así que de nada serviría negar la evidencia.

—Es cierto, pero no vi nada, nada, ¿me oyen? ¡Vamos, lárguense de aquí de una maldita vez! —gritó Albert, al borde de un paroxismo de cólera.

Folsom sonrió. Sin decir nada, cogió el brazo de la muchacha y la empujó hacia la salida.

—Adiós, señor Albert —se despidió.

Pero el tabernero guardó silencio. Cassie, desconcertada, se dejó llevar hasta el coche.

—Bat, ¿qué es lo que te propones? —preguntó, en el momento en que el joven hacía funcionar la llave de contacto.

—Albert sabe mucho más de lo que aparenta —contestó Folsom —. Fíjate en su aspecto; parece un hombre de cuarenta y cinco años, tremendamente robusto y lleno de vitalidad, pero ya tiene sesenta. Hace días capté el detalle, puesto que Edith dijo tener unos diecisiete años en la época de la muerte del doctor. Por tanto, ahora Edith tiene cincuenta y tantos años, pero parece mucho mayor que su esposo, quien tenía veinticinco años en aquellas fechas.

—La diferencia no es tan notable, Bat —objetó Cassie.

—Desde luego, pero debes saber que hace unos días, mientras tú te arreglabas, yo volví a hablar con Reilly y le pedí me facilitara más detalles. El viejo me habló entonces de un ayudante circunstancial, un joven bastante vago pero que, no obstante, a veces necesitaba unos dólares y se iba a trabajar al jardín de Elms Peak. Cuando murió Grophius, Reilly estaba enfermo con neumonía y permaneció en la cama casi dos meses. El que arreglaba el jardín y lo limpiaba de malas hierbas era Frank Albert.

Cassie lanzó una exclamación de sorpresa.

—Así pues, ¿opinas que tiene algo que ver con aquellos sucesos?

—Indudablemente. ¿Qué ha motivado que aquel joven vago sea hoy propietario de una taberna y de algunos campos de labor? Claro que la época no es buena para la taberna, pero a partir de la primavera y basta el otoño, es un lugar muy concurrido y los Albert obtienen buenas ganancias. Si a eso añadimos que tiene sesenta años y que representa quince menos, mientras que Edith aparenta exactamente la edad que tiene, tenemos motivos más que suficientes para sospechar que Albert está más relacionado con la muerte del profesor que lo que la gente pueda suponer.

—Creo que tienes razón. Albert se ha mostrado hostil, reticente…

—Porque oculta algo muy grave y no lo quiere revelar.

—Y su esposa lo sabe.

—Sí, aunque tengo la sensación de que debió de enterarse de la verdad mucho tiempo después de casada. Entonces ya no podía delatar a su marido, porque, en el fondo, estimo que está

sinceramente enamorada de él.

Cassie guardó silencio unos momentos. Los argumentos de Folsom parecían irrebatibles, aunque había algunos puntos oscuros que ni el mismo Bat había conseguido esclarecer.

¿Lo conseguiría aquella noche?, se preguntó.

Un escalofrío de temor recorrió su espalda, pero, animosa, se dijo que debía seguir adelante, hasta el final.

De pronto, Folsom metió el coche por el caminejo que conducía a Elms Peak.

El caserón apareció en la cumbre de la loma, oscuro, sombrío, albergando en su siniestro interior mil amenazas de muerte. Algunos de los olmos que habían dado su nombre al lugar aparecían muertos, resecos, con sus ramas sin hojas, como huesos descarnados de unas manos que clamaban venganza por un crimen cometido treinta y cinco años antes_.

¿Por qué aquella extraña cantidad de tiempo?, se preguntó Folsom más de una vez.

Las nubes habían vuelto a espesarse y amenazaba lluvia. Soplaba un viento fresco, húmedo, muy desagradable.

Folsom y la muchacha dejaron el coche en medio de un silencio absoluto.

—¿El acto final? —murmuró Cassie.

—Eso espero.

Avanzaron hacia la casa. Esta vez, Folsom no llamó, sino que abrió directamente.

El ambiente era agradable. Folsom se acercó a la puerta del salón, abrió y vio la chimenea encendida.

—Esperan visitas —dijo.

—¿Quiénes? —preguntó ella.

—Grophius y Barthold, naturalmente. —De pronto, Folsom se volvió, hacia la muchacha—. Apuesto a que no te has percatado aún de un detalle.

—¿De qué se trata, Bat?

—El laboratorio del doctor Grophius. ¿Dónde está?

—Es cierto. No lo vimos en ninguna de las ocasiones en que estuvimos en la casa.

—¿Te parece que lo busquemos?

—No hay inconveniente.

Todavía faltaban algunas horas para que se hiciera de noche. Mientras hubiese luz, no ocurriría nada, presintió Folsom.

En ninguna de las habitaciones que visitaron, vieron nada que pudiera presumir la existencia de un laboratorio en tiempos pasados. Pero era indudable que Grophius había hecho muchos experimentos y con fructuosos resultados, a juzgar por los hechos que conocían.

Una viva decepción se apoderó de la pareja, cuando terminaron su exploración, sin encontrar lo que buscaban. Incluso examinaron el desván, pero no encontraron más que algunos muebles viejos, que se deshacían sólo con tocarlos, polvo, humedad y muchas telarañas.

Al bajar hacia la primera planta, Folsom, inadvertidamente, pisó el escalón que ya había crujido bajo su pie en un par de ocasiones. El hecho llamó su atención, porque ahora había estado a punto de romper por completo la larga tabla que constituía el peldaño.

—Espera un momento, Cassie —dijo de pronto.

Bajó dos peldaños más y, con ambas manos, tiró de la tabla. Tras algunos crujidos, el hueco que había debajo quedó al descubierto.

—Bat, aquí parece que haya una habitación…

—Voy a buscar velas —dijo él—. No te muevas.

Cassie permaneció en el mismo sitio. La luz que penetraba a través del largo hueco resultaba insuficiente para permitir ver lo que había al otro lado.

Folsom volvió momentos después, con la linterna de su coche. De repente, Cassie se sintió elevada en el aire.

—¡Bat! —chilló, terriblemente asustada.

Folsom se había detenido en el cuarto peldaño. Un conjunto de escalones se elevaba hacia arriba, girando sobre un eje horizontal. El joven comprendió que su peso había hecho actuar el resorte secreto que movía aquella original puerta, un resorte tan potente que incluso era capaz de levantar el peso de la muchacha.

Cassie saltó al escalón más próximo y quedó allí, estupefacta, bloqueado su paso por la puerta de ocho escalones que había tomado una posición casi vertical. Folsom, en cambio, estaba frente a la entrada y podía pasar al otro lado.

—Por la barandilla, Cassie —indicó él.

La muchacha comprendió en el acto. Pasó sucesivamente las dos

piernas por encima del pasamanos y, agarrada al mismo, descendió hasta situarse frente al joven.

Delante de ellos se abría ahora una escalera que conducía a un vasto sótano, en el que, entre otras cosas vieron algunas mesas de laboratorio, repletas de instrumentos cubiertos de polvo. Había telarañas en abundancia y el lugar mostraba a las claras el abandono total en que había permanecido durante años.

Un cuarto de hora más tarde, Folsom llegó a una conclusión:

—Lo único que hemos conseguido es satisfacer nuestra curiosidad —dijo.

—¿Se sentirá enojado Grophius por lo que hemos hecho? —murmuró Cassie, cuando salían.

—No lo sé. Aún tenemos que hablar con él, ¿no te parece?

—Está durmiendo en su tumba —se estremeció ella.

Folsom miró hacia la ventana. Ya atardecía.

—¿Por qué no intentamos despertarle? —sugirió.

Cassie guardó silencio. Pero la curiosidad acabó por superar a sus temores.

—Vamos —dijo.

Salieron de la casa. Ahora caía una fina llovizna y la niebla se había hecho baja y difuminaba los contornos de las cosas. De pronto, Cassie lanzó un grito:

—¡Mira, Bat, Cooley ha muerto y ya ha sido enterrado!

Folsom contempló la lápida en donde ya aparecía grabado el nombre de Cooley, con las fechas de su nacimiento y muerte. Las otras dos lápidas estaban igualmente grabadas.

En una de ellas aparecía el nombre de Burt Heenan, otro de los supuestos asesinos del doctor. En la séptima se leía una inscripción que hizo dudar a la muchacha de la integridad de sus sentidos:

CASSIE EVANSTON
1906-1975

Cassie lanzó un agudo chillido:

—¡Bat, esa leyenda es falsa! ¡Yo nací en mil novecientos cincuenta y uno!

Capítulo XII

La puerta de la casa se abrió. Un hombre, a gritos, preguntó si había alguien. Folsom se asomó a la puerta del salón.

—Usted es Heenan —dijo.

El hombre le contempló asombrado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Bat Folsom. Entre, señor Heenan, le presentaré a la señorita Evanston.

Heenan, alto, delgado, con gruesos lentes de concha, avanzó hacia el salón. Cassie se puso en pie.

—¡Rayos! —exclamó el recién llegado—. Tú también aquí, Cassie…

—Ya ves, Burt —sonrió ella.

—¿Has visto a Grophius?

—Todavía no. Pero creo que saldrá pronto de su tumba.

—Ese viejo diablo… Más de una vez he pensado si no era de veras un auténtico demonio.

Folsom se echó a reír.

—Tal vez hizo un pacto con el diablo —dijo, a la vez que entregaba una copa a Heenan—. ¿Cuál es el año de su nacimiento? —preguntó.

—Mil novecientos. —Confesó Heenan—. Por tanto, ahora, tengo setenta y cinco. Bien llevados, ¿eh?

—Gracias a la pócima del doctor Grophius.

—Él se «forró» con nuestro dinero. No es así. ¿Cassie?

—En efecto —asintió la muchacha.

—Y ahora quiere pedirnos más o nos volverá viejos de repente —manifestó Heenan—. Pero ¿es posible que ese viejo mago pueda salir de su tumba para pedirnos más dinero al cabo de treinta y cinco años? ¿Para qué rayos quiere el dinero un tipo que vive tan

bien en su sepultura?

—Hombre, es que en los últimos tiempos le ha puesto calefacción —rió Folsom.

—Cassie, ¿está loco tu amigo?

—No, Burt, está completamente cuerdo.

—Pues parece como si estuviera chiflado…

—Señor Heenan —dijo Folsom—, ¿fue usted uno de los asesinos de Grophius?

Heenan vació su copa.

—No. Admito que conspiramos para asesinarlo. Incluso diré que estuvimos prácticamente dispuestos a ello, pero, a última hora, la reunión se disolvió. Quedamos en celebrar otra y tomar un acuerdo definitivo, pero ya no fue necesario. Alguien le pegó siete cuchilladas a aquel viejo diablo, cosa de la que, en particular, me alegré muchísimo. Era una sanguijuela para todos nosotros, ¿comprende?

—Sí, ciertamente. Pero, señor Heenan, ¿sabe usted que han muerto ya cinco de sus antiguos amigos?

El rostro de Heenan se endureció.

—A mí no me sacará un centavo más —dijo—. He vivido maravillosamente y tengo el cuerpo y el espíritu de un hombre de cuarenta años, como hace treinta y cinco. Francamente, no creo vivir una eternidad, como nos prometió aquel viejo bergante, pero me conformo con lo que he tenido. Las pruebas que realizó para nosotros nos convencieron de la veracidad de sus experimentos, pero para todo hay un límite, aparte de que nos había exprimido ya como limones. He vuelto a ganar dinero, pero no le daré nada, nada, ¿me oyen? ¿Y tú, Cassie?

—Tampoco —sonrió la aludida.

Heenan llenó su vaso de nuevo.

—Voy a morir en cualquier momento, lo sé —dijo, con escalofriante sangre fría—, pero ya no me importa, porque mi vida ha sido maravillosa, salvo el período en que estuve en tratos con Grophius. Y, francamente, si murió acuchillado, no creo que salga de su tumba.

—¿Estás seguro, Burt Heenan? —Sonó de pronto una voz sepulcral.

Cassie se puso una mano en la boca, para no chillar de espanto.

Folsom se volvió, lo mismo que Heenan.

La elevada silueta de Grophius aparecía bajo el dintel de la puerta. Había en su rostro una extraña sonrisa de triunfo.

—Tú me asesinaste —dijo—. Lo mismo que esa mujer que está al otro lado, y lo mismo que los cinco que ya han purgado sus culpas. Ésta es la hora de mi venganza, Burt Heenan.

—¿Está seguro de que se va a vengar de estas dos personas, como lo ha hecho ya con otras cinco, Tom Dickinson? —preguntó Folsom sorprendentemente.

* * *

Cassie emitió un leve gritito. Heenan respingó.

—¿Cómo? Pero ¿ése no es…?

De súbito, Folsom saltó hacia adelante y, antes de que el aparecido pudiera evitarlo, le arrancó la máscara que llevaba puesta y que era una fiel reproducción de las facciones del doctor Grophius, según aparecía en algunos de los retratos que había en la casa.

Se oyó un rugido de rabia. Descubierto, Dickinson sacó un revólver.

—No lo repetirán a nadie —dijo—. Y tanto ellos como usted, morirán…

—Menos prisa, Tom —sonrió Folsom—. Su caracterización de Grophius es maravillosa, pero estamos en un siglo en que resulta difícil dar crédito a estas leyendas inverosímiles. No digo que Grophius no descubriera una fantástica droga de la juventud y que usted, incluso, poseyera su fórmula, pero de ahí a pensar que Grophius podía abandonar su tumba, hay un espacio que, francamente, resulta insalvable.

—Ellos morirán —dijo Dickinson—. Morirán de viejos, en pocos momentos. Bastará una pequeña herida para que el proceso de senilidad se inicie rápidamente.

—Pero usted tendrá que inocular en esa herida la sustancia que podríamos llamar antídoto de la droga de la juventud. Como hizo Amy Burtlett con Lizzy Clarence, cuando supo que ésta no acudiría a Elms Peak. ¿Qué es Amy para usted, doctor Dickinson?

—Mi esposa —contestó el aludido roncamente.

—No se puede negar que no esté bien conservada —sonrió

Folsom—. Pero ¿por qué vengarse en siete personas que no cometieron ningún crimen? ¿No quiere contestar? —Siguió, en vista del silencio de Dickinson—. Bien, entonces, yo se lo diré. Hasta ahora, todos los que han muerto, y de viejos, no hay por qué negarlo, eran poseedores de fortunas más que respetables. En Worleigh hay un notario llamado Harry Ockhurst, que se ha encargado de redactar cinco testamentos falsos, todos ellos otorgados a favor de Tom Dickinson. Ese notario, por si fuera poco, desempeñaba de cuando en cuando el papel de Barthold, el criado del doctor, adecuadamente caracterizado, como usted le había enseñado, porque es de suponer que Ockhurst, al tomar parte en la trama, haya exigido una parte también del botín. Pero es curioso, ¿por qué desempeñar la comedia, si usted no había asesinado al doctor?

—Lo mataron ellos —gritó Dickinson.

—¡No es cierto! —protestó Heenan a voz en cuello.

—El asesino de Grophius fue otra persona —afirmó Folsom—. Indudablemente, oyó la conversación que otras siete mantenían acerca de la posible muerte de Grophius. También oyó que el acuerdo era de cada uno dar un golpe mortal a su futura víctima, a fin de que, en adelante, nadie pudiera delatar a los otros sin delatarse a sí mismo. Esa persona concibió la idea de dar siete puñaladas al doctor… y lo hizo, efectivamente, por codicia, y porque sabía que en esta casa había siempre bastante dinero.

—Yo estaba ausente momentáneamente —dijo Dickinson—. Cuando regresé, el doctor yacía muerto, con el pecho acribillado.

—Le creo, Tom —sonrió Folsom—. Usted no es culpable de la muerte del doctor, quien, seguramente, oyó también aquella conversación y redactó su original testamento, pensando en un posible asesinato colectivo. Es de suponer que creía en sus propias posibilidades de supervivencia, pero no fue así. Y usted, que tal vez conocía ese testamento, concibió la idea de volver aquí un día para matar a los que creía asesinos de Grophius y hacer que esas muertes fuesen achacadas a un muerto. Aparte de ello, claro, buscó la colaboración de Ockhurst, cosa que consiguió fácilmente. Y cuando supo que Lizzy Clarence no vendría a Elms Peak, envió a su esposa a buscar el medio de matarla, cosa que consiguió fácilmente, provocando una enfermedad en la auténtica ama de llaves.

¿También Lizzy le nombró a usted su heredero?

La mano de Dickinson tembló.

—Voy a disparar…

—No lo haga, ello no mejorará su situación. Además, en un caso por lo menos, si no tira al corazón, no matará a su víctima. Esta linda muchacha que ve a mi lado no es sino la hija de Cassie Harrigan, muy parecida a su difunta madre, quien se casó después de aquellos acontecimientos y, por matrimonio, adoptó el apellido Evanston.

Dickinson tenía la boca abierta.

—Entonces, ella no es…

—Ockhurst hizo gestiones y averiguó que Cassie Harrigan se había casado y ahora se llamaba Evanston. Pero la señora Evanston rompió la carta en que se la citaba a Elms Peak. Era un episodio de su juventud que no le gustaba recordar, máxime cuando en ella, la droga de Grophius no había obrado ningún efecto rejuvenecedor. Murió hace cuatro meses, de un ataque al corazón. Ése fue el error que me hizo pensar en la posibilidad de que Ockhurst estuviese de acuerdo con usted. Como así ha sido, en efecto, y está declarando ahora ante el comisario de Worleigh.

—¿Cómo lo sabe? —gritó Dickinson.

—He reparado la línea telefónica —sonrió Folsom.

—Pero, entonces, ¿quién diablos mató a Grophius?

—Puede que nos esté escuchando ahí, al otro lado de la puerta. ¿Por qué no sale usted, Frank Albert?

Heenan lanzó un gruñido de sorpresa.

—¡El jardinero! —resopló.

—Ayudante ocasional del jardinero —puntualizó Folsom, sonriendo—. Vamos, salga, Frank.

Albert se hizo visible.

—Es cierto —exclamó—. Yo maté al doctor. Había oído la conversación de sus clientes… Le pedí que me rejuveneciese, pero sólo me dio un poco de su maldita pócima. Cuando le pedí más, se burló de mí… Entonces…

—Entonces se acordó de que aquí había dinero abundante, de que siete personas habían conspirado para matar a Grophius y decidió hacerlo usted mismo. No había nadie más en la casa, Dickinson y Barthold estaban fuera, de modo que nadie le relacionó

con esa muerte. Pero usted debe de soñar en voz alta por las noches o Edith no se habría enterado de la verdad, ¿no es cierto?

—¿Qué me harán? —Gritó Albert descompuestamente—. Han pasado treinta y cinco años desde entonces. ¿Quién puede juzgarme?

—¡Yo, tu víctima! —Sonó de repente una voz en el vestíbulo.

Dickinson y Albert se volvieron al mismo tiempo. Folsom se precipitó hacia la puerta.

La entrada al laboratorio se había alzado. Un hombre salía por allí, caminando con lentos pasos. Su aspecto era horripilante.

Apenas había carne en su cara y las ropas se le caían a pedazos. Pero sus ojos brillaban con fulgor inextinguible.

Folsom recordó haber visto en el sótano un cajón alargado, pero no se le ocurrió que aquél pudiera haber sido la sepultura de Grophius, inexplicablemente vivo todavía. Dickinson y Albert parecían convertidos en sendas estatuas, petrificados por el horror de la situación.

Grophius avanzó unos pasos. De pronto movió una mano.

—Venid conmigo —dijo—. Vamos a un lugar donde se está muy confortable. A fin de cuentas, ¿no hay calefacción en mi tumba?

Los dos hombres siguieron como autómatas a Grophius. Folsom se dio cuenta de que estaban sometidos a una compulsión irresistible. Quiso seguirles, pero, de pronto, sintió una mano en su brazo.

—No, déjelos —murmuró Heenan—. Grophius tiene derecho a su venganza. Uno de ellos le traicionó; el otro lo asesinó. Y Dickinson, por codicia, no lo olvidemos, mató también a cinco personas.

Grophius y los dos hombres desaparecieron hacia la parte posterior de la casa. El silencio era absoluto.

De repente, se oyeron dos horribles alaridos, dos gritos estridentes, que expresaban un terror infinito. Luego, de golpe, volvió el silencio.

Entonces, Folsom, sin poder contenerse, echó a correr y se dirigió al mausoleo. Al llegar a la puerta, se detuvo. Aterrado, contempló un cuadro espeluznante.

Dickinson y Albert yacían en el suelo, convertidos en dos viejos de facciones arrugadas. En el ataúd se veían los restos del doctor

Grophius.

La poca carne que había en su cuerpo había desaparecido. Entre los escasos jirones de ropa húmeda y podrida que quedaban de su vestimenta, se veían los huesos blancos y mondos de un esqueleto.

Folsom permaneció unos momentos inmóvil, contemplando la escena. De pronto, vio un interruptor a su derecha.

Bajo la palanquita. La luz se apagó y la calefacción eléctrica dejó de funcionar.

Retrocedió paso a paso. La puerta de roble se cerró por sí sola y lo mismo hizo la reja. Folsom comprendió que estaba ante un lugar cuya entrada nadie debía volver a traspasar.

* * *

Cassie oyó que llamaban a la puerta de su departamento y abrió. Al otro lado, detrás de un gran montón de paquetes, divisó una cara conocida.

—¡Bat! —exclamó alegremente.

—Hola, preciosa —dijo él—. ¿Cómo te encuentras?

—Estupendamente, Pero ¿qué traes ahí…?

—Regalos, cosas para ti… He firmado un nuevo y más sustancioso contrato, y ahora estoy en disposición de mantener una esposa. Es decir, si una chica llamada Cassie Evanston quiere apellidarse Folsom a partir de ahora.

—No creo que existan graves inconvenientes —sonrió ella, a la vez que se disponía a ayudarle a descargar los paquetes.

—Heenan nos ha hecho también un buen regalo —dijo el joven —. A fin de cuentas, no puede olvidar que le salvamos la vida.

—Pero tiene setenta y cinco años…

—Aún le queda cuerda para rato, si bien es de pensar que no conservará siempre su actual apariencia. Es preciso tener en cuenta que no le fue inoculada la droga antídoto de la que fabricó Grophius.

Folsom extrajo un cheque de su bolsillo. Cassie leyó la cifra y se quedó extática.

—Me parece un sueño —dijo.

Folsom la abrazó.

—Esto es real —dijo. Besó a la muchacha y ella correspondió cálidamente, sin reservas de ninguna clase—. Nosotros contamos

con otra droga mejor que la de la juventud: nuestro amor —añadió.

—Sí —confirmó ella, radiante de felicidad—. Pero confieso que me llevé un susto horroroso cuando vi mi nombre en el cementerio…

—Ockhurst, bajo la apariencia de Barthold, grababa nombres y fechas, con la ayuda de un pequeño cincel mecánico. Él y la supuesta señora Burtlett están ahora en la cárcel, bajo la acusación de complicidad en cinco asesinatos.

—Bat, hay algo que no he entendido nunca. ¿Por qué dijo Grophius que volvería al cabo de treinta y cinco años?

—Todos sus clientes eran personas de edad superior a la juvenil. La más joven era tu madre, con veintitantos años, aunque tú no naciste sino bastante después de su matrimonio. Pero treinta y cinco años es un plazo suficiente para que una persona de cuarenta años, por ejemplo, se convierta en un anciano de setenta y cinco. Y si bien Grophius dictó su testamento, pensando en vengarse, arrebatando la juventud a sus asesinos, nunca pudo suponer que fuese Albert el que cometería el crimen.

—Creo que ya entiendo —sonrió Cassie.

—Tu madre fue la más sensata de todos. Por eso no hizo caso de la carta que recibió del notario y ni siquiera quiso mencionarte nunca aquel episodio de su juventud.

—Es cierto, ella fue siempre muy feliz al lado de mi padre.

—Las cartas fueron enviadas con meses de antelación por Ockhurst, a fin de tener todas las respuestas a su tiempo. En dos de los casos, recuerda, perdió tiempo en indagar el paradero de sendos clientes de Grophius. Pero éste volvió el día exacto en que se cumplían treinta y cinco años de su muerte.

—Bat, ¿no lo habremos soñado? —preguntó Cassie, acurrucándose en el pecho masculino.

Folsom acarició suavemente los cabellos de la muchacha.

—En todo caso, lo que va a suceder de ahora en adelante, no será un sueño, te lo garantizo —contestó.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.